Con playera de Sonic Youth



Mtro. Jorge Aristóteles Sandoval Díaz
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Lic. Arturo Zamora Jiménez
Secretario General de Gobierno

Dra. Myriam Vachez Plagnol
Secretaria de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco

Dr. Juan Arturo Camacho Becerra
Presidente del Consejo Estatal para la Cultura y la Artes de Jalisco

Lic. Mónica Martínez Flores
Secretaria Ejecutiva

Con playera de Sonic Youth

Lorena Ortiz

Esta obra se realizó con el apoyo del Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, luego de haber sido seleccionada en la Convocatoria CECA 2013, en la Disciplina de Letras en la categoría de publicación de cuento.

Para Burgos

Primera edición, 2014

D.R. © Lorena Ortiz

Avenida Jesús García 720, Col. El Santuario, Guadalajara, Jalisco.
C. P. 44260. Teléfonos: 01 (33) 36 14 68 55, 01 (33) 36 14 68 64.
Fax: 01 (33) 36 58 00 26

Correo electrónico: ceca_jal@yahoo.com.mx
www.ceca.jalisco.gob.mx

Diseño de portada: Postof
Diagramación: Grafisma editores

ISBN: ¿?

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

Índice

Un modo propio de existir (Presentación) 11
Con playera de Sonic Youth 15
Interior. Habitación. Día 21
La TV de Aljoscha 27
Dúplex 37
Distancias 47
La operación 55
Lunes 59
Datsun 76 63
La pelea 77
Las amigas 81
Con whisky 101
Automático 107

Un modo propio de existir

La presencia narrativa de Lorena Ortiz, en la literatura jalisciense de estos últimos años, será un eje referencial sobre cómo hacer literatura, desde dónde y a partir de qué, frase que al igual podríamos suscribir para algunos otros contemporáneos suyos. No muchos, supongo.

Con este su primer libro de cuentos se instaura una escritora que nos ofrece toda una sapiencia narrativa, fundada en un arte de narrar que no proviene necesariamente de la literatura misma, aunque también. Esto significa la asunción, la incorporación de otras formas narrativas provenientes del cine en especial y, sospecho, de algunas canciones de música popular. Se aúna a dicha experiencia su conocimiento sobre las artes plásticas y de ser ella también una artista visual; unas artes que también se dedican a veces a crear la escena como acontecimiento.

Tiene la gracia esencial del buen escritor: el estilo verbal de sus diferentes narradores que cuentan sus historias; quizá todos desde una misma zona de la vida: la irreverencia, el cinismo, la rebeldía al *status quo*, el humor ácido, la gran inconsecuencia de pensar como los otros no pueden hacerlo. Y esto nos ofrece personajes singulares, extremadamente especiales por inesperados, por dramáticos, por polémicos. Nos ofrece, como otros buenos autores, una manera específica de mirar la existencia. Y con ellos dialoga el lector y pone a prueba su propio modo de mirarse existir.

Lo primero que agrada en su escritura es la valoración del intertexto: allí la referencia literaria, acá el homenaje cinematográfico. Esta intertextualidad posee además la virtud de ser rastreable por el lector. Todo tipo de mención literaria, cinesca, musical, pictórica, se puede rastrear por cualquier buscador del internet y saber más de esas referencias: verlas, escucharlas, leerlas (cuando el acceso lo hace posible). Es, tal vez, como aquel tipo de literatura de carácter histórico que el lector acucioso consultaba en alguna enciclopedia o libro de historia para corroborar la veracidad de la mención del escritor; pero en el caso de Lorena Ortiz la consulta y la mención es contemporánea a su lector. (Quiero imaginar que *El Quijote* era así de interactivo entre sus primeros lectores de la manchega llanura, pues podían asociar a tal o cual personaje con algún vecino, algo muy básico y necesario para el disfrute de la lectura). Esta intertextualidad la hace cosmopolita de una manera distinta a como lo fueron algunos autores del *Boom* Latinoamericano: aquí Lorena Ortiz no quiere presumir lo que sabe sino decirnos lo que la condiciona a plasmar de vida a sus personajes. Ellos son sujetos del mundo que viven, lo consumen y lo experimentan en las mismas condiciones que cualquiera. Y son posibles. Y son creíbles. Como posible y creíble es el lector que los lee.

Cada cuento muestra una estrategia narrativa distinta. Cada construcción forma parte del viaje del lector. No resulta solamente de fragmentaciones o de unidades narrativas únicas, por partir la historia en secciones, sino de la manera en desplegar la historia del relato, de ver su trama, de hacerla visible al lector o de sugerirla en el acontecimiento en que nada parece que pasa. El drama está ahí, instaurado, y el personaje apenas se da cuenta de ello, o lo erige y reacciona ante su posible desenlace, o solamente crece en su deseo de que suceda, o tal vez está escondida en la superficialidad de una narración común, cotidiana.

Cabe señalar que el gran tema es la relación de pareja, la dispareja, desde el punto de vista de "ella". Y ello es un "descubrirse" en el sentido de "desnudarse", algo que abona al tono de las historias y a su melodía, valga la metáfora musical. La vida diaria constituye el eje de su invención, sobre todo cuando se rompe y produce lo inusitado, lo inesperado, lo imposible, vuelto drama que alimenta la existencia.

Hagamos punto y aparte cuando hablemos de este trabajo inicial de Lorena Ortiz. Abona, y abona bien, a la crecida narrativa jalisciense.

Marco Aurelio Larios

Con playera de Sonic Youth

Tengo cuatro horas en el bar, Mariana ha ido al baño a vomitar, lo sé porque me lo dijo:

—No te muevas de aquí, voy a sacarlo todo y ahora mismo te llevo a tu casa.

Susana se ha puesto a bailar con un chico que tiene puesta una playera de Sonic Youth, lo he visto antes, en la universidad, pero nunca hemos hablado. La semana pasada nos encontramos en la biblioteca, llevaba bajo el brazo un libro de Paul Auster y una revista de arte, nos cruzamos a la salida, él abrió la puerta para que yo pasara con los cuatro tomos de física cuántica que Rafa me pidió que le sacara con mi credencial. Rafa es medio mi novio y medio mi amigo. Nos caemos bien, pero no estamos enamorados. Nos conocimos en medio de una tormenta en uno de los pasillos de la universidad, él iba a las canchas de futbol y yo a la videoaula a ver una película de Wong Kar—wai. Aquella vez hablamos durante casi tres horas.

II

Han puesto *Da Funk* de Daft Punk que me prende muchísimo, no lo puedo evitar y le doy un par de tragos a la cerveza de Mariana que está casi llena. Enciendo un cigarro y vuelvo a mirar al chico que está con Susana, tiene la espalda ancha y se mueve despacito, con ritmo, pero lento, así que puedo leer toda

la gira del 2007 de Sonic Youth completita. Leo de abajo hacia arriba, me doy cuenta de que me gusta muchísimo su cuello y su corte de pelo casi hasta los hombros. Termina la canción y sus brazos largos y delgados rodean a Susana. Doy un tercer trago a la cerveza de Mariana. El DJ ha puesto algo más tranquilo que no logro reconocer, Susana y el chico se han ido a sentar al otro extremo de la barra, ya no puedo verlos. Por el espejo que está atrás del barman, veo a una chica que camina con prisa en dirección a mí.

—Hola, tu amiga te necesita —dice sin titubear, segura de que soy yo la persona que Mariana quiere ver.

Trato de imaginar qué fue lo que la hizo identificarme tan rápido en medio de esta multitud; mi personalidad no es precisamente algo que sobresalga. En fin, lo dejo y corro hacia el baño. Creo saber qué me espera.

III

Mariana no puede manejar. Se ha mojado la cabeza y va recostada en el asiento trasero de su auto. Yo voy al volante y Susana en el lugar del copiloto. Antes de salir del bar, el chico de la playera de Sonic Youth se ha despedido de Susana con un beso largo y se ha quedado sentado en la barra. Susana es la hermana menor de Mariana, aunque a veces parezca lo contrario.

—Si tuviera licencia no tendrías que llevarnos —me dijo al tiempo de que encendía uno de mis cigarros.

—¡Oh! no hay problema.

—Sí que lo hay. ¿Cómo piensas volver a tu casa?

—No lo sé, quizás…

—¡No te puedes llevar el auto y regresarlo por la mañana! Ni lo pienses. Mi papá nos mataría y le quitaría el coche a Mariana.

—Puedo tomar un taxi —le dije un tanto molesta por sus suposiciones, aunque reconozco que sí lo había pensado como una posibilidad.

—Dudo que encuentres un taxi a estas horas por el vecindario. Quizás sería mejor que te quedaras a dormir.

Susana tiene razón, no voy a encontrar nada a estas horas. Pero tampoco me apetece pasar la noche ahí.

Llegamos. Entre las dos bajamos a Mariana. Guardo el coche en el *garaje* y me despido convencida de que lo mejor es irme.

—¿Dónde está mi bolso? —me pregunta Susana con cierto tono de histeria.

—¿Tu bolso?

—¡Sí, ahí están las llaves de la casa!

No espera mi respuesta y de inmediato camina en dirección al auto.

Me quedo junto a Mariana, parece haber reaccionado, tiene los ojos abiertos y según dice, está lista para subir las escaleras y llegar hasta su cuarto. Su cuerpo se balancea. Le paso un brazo por lo hombros para sostenerla y que no caiga en cualquier momento.

—¡Mierda! —grita Susana desde el carro.

—¿Qué pasa? —pregunta Mariana.

—¡Nada! tu hermana que está loca —le digo con la certeza de que mañana no lo recordará.

En eso estamos cuando llega una *Pick Up* de modelo ochentero. Susana sale corriendo del *garaje* y sonríe. Se trata del chico de la playera de Sonic Youth.

—¡Susy, lo olvidaste! —dice al tiempo de que le muestra por la ventanilla el bolso. Abre la puerta y se baja de la camioneta.

Yo lo veo en cámara lenta, como uno de esos modelos de *Lacoste* o de *Hugo Boss* que salen en la televisión. Camina hasta Susana, le entrega la bolsa y la besa, ella le dice algo al oído y por primera vez él me voltea a ver.

IV

La *Pick Up* huele a cerveza, el chico de la playera de Sonic Youth enciende un cigarro, me ofrece y acepto. Es una noche

tranquila, con poco tráfico y muchas estrellas. Escuchamos *Smells like teen spirit* de Nirvana, cuando Kurt Cobain canta *With the lights out it's less dangerous…* acelera. Por la ventanilla entra el aire y nos despeina, sentimos el cabello en la cara y sonreímos. Yo llevo los dedos cruzados para que se le ocurra invitarme a seguir la fiesta, intento ayudarlo pero no funciona.

—¿Qué hora es? —le pregunto tratando de parecer espontánea.

—Las 2 de la mañana.

—¿En serio? ¡Qué temprano, pensé que era más tarde!

Él sonríe pero no contesta. Me arrepiento de mi espontaneidad prefabricada, imagino que ya se dio cuenta y me quedo callada con la vergüenza en la sangre.

Por fin llegamos, la calle luce desolada y oscura.

—¿Con quién vives? —me pregunta en cuanto la camioneta se detiene.

—Con Miguel.

—¿Hay problema si paso al baño?

—¡Claro que no! ¡Miguel es mi *roommate* y es gay! —le digo con cierto entusiasmo.

Él vuelve a sonreír sin decir nada. Otra vez me arrepiento de mi comentario fuera de lugar.

V

El ascensor del edificio dejó de funcionar hace cuatro años, así que subimos los cinco pisos por las escaleras, cuando llegamos a la puerta el chico de la playera de Sonic Youth parece afectado por el esfuerzo, tiene gotas de sudor en la frente y su rostro está pálido.

—¿Te sientes bien? —le pregunto un tanto preocupada.

—Sí.. no, creo que no —me dice al tiempo de que se inclina y se lleva las dos manos a la boca.

Abro la puerta del departamento. Miguel y su novio Martín están en la sala, ven una película a media luz. Le indico al chico

dónde está el baño y éste literalmente pasa corriendo frente a ellos. Una vez en el retrete comienza a vomitar con todo tipo de sonidos. Miguel le pone pausa al melodrama japonés y me observa desconcertado.

—¡¿Qué es esto?! —me pregunta con cierto tono de molestia.

—Lo siento, me trajo a casa y se sintió mal. Yo limpiaré lo que se tenga que limpiar.

Miguel quita la pausa de la película y sube el volumen de la televisión.

Me voy a la cocina y preparo café. Minutos después el chico aparece con el cabello mojado, el torso desnudo y la playera de Sonic Youth en la mano.

—Lo siento. ¿Puedo lavarla? —me pregunta más pálido que avergonzado.

Enciendo la lavadora y le ofrezco café. Voy al baño a revisar que todo esté en orden. Miguel me mira sin decir nada, lo ignoro. Por fortuna no hay restos de borrachera por ninguna parte. Regreso a la cocina y al chico se le ve más animado, toma café y ha servido una taza para mí.

—¿Me vas a acompañar no?

—Claro.

Hay un silencio incómodo. Trato de romperlo.

—¿Te gusta Paul Auster?

—No mucho (silencio) —¿A ti te gusta? —pregunta por cortesía y no porque le interese saber.

—Algunas novelas…

Volvemos a quedarnos callados. No lo puedo evitar y le miro el torso, en el pecho tiene tatuadas las iniciales SY, me doy cuenta que definitivamente es un fan clavadísimo de Sonic Youth.

—¿Cuándo te hiciste el tatuaje? —le pregunto con cierta curiosidad.

—Hace unas semanas.

—Hubiera jurado que te lo hiciste en la gira del 2007.

—¿Qué? ¿En cuál gira? —me dice desconcertado.

—La del 2007, la que viene en tu playera.

—¡Ah! —exclama acompañado de una carcajada. ¿Lo dices por Sonic Youth?

—¡Claro! ¿Por qué más?

—No, no es por *Sonic*, la S es por Susy y yo me llamo Yago. Sonic Youth es una banda para viejitos.

Me quedó sorprendida de su respuesta y de mi estupidez una vez más expuesta tres veces en la misma noche.

La lavadora se apaga y la playera está prácticamente seca. Se la entrego.

—Si no te gusta el grupo, ¿Por qué la llevas? —le preguntó al tiempo de que se la pone.

—Es de mi padre. Me gustó el diseño y me la puse, eso es todo.

Recojo las tazas, me da las gracias y se va.

Miguel y Martín ya se han ido a dormir. Apago las luces del departamento y desde el balcón lo veo subirse a la camioneta. Poco a poco el chico de la playera de Sonic Youth se pierde en la oscuridad de la calle acompañado de la voz de Kurt Cobain *With the lights out it's less dangerous, here we are now entertain us…* Comienzo a estornudar.

Interior. Habitación. Día

Raquel estaba en un sueño profundo hasta que sonó el teléfono. Al sexto timbrazo tomó la bocina.

—Buenos días. Servicio despertador, son las 9 en punto —se escuchó una voz femenina del otro lado del auricular.

Raquel no dijo nada y colgó. Giró su cuerpo y se acomodó bocabajo para volver a cerrar los ojos. Mateo seguía dormido con la sábana hasta la cabeza, estaba en posición fetal y apenas se movía, su respiración era pausada.

El teléfono volvió a sonar, Raquel estiró nuevamente el brazo y descolgó, sin abrir los ojos dejó escapar un sonido indefinido por su garganta.

—¿Raquel?… ¿Raquel, eres tú? —del otro lado del teléfono se escuchó una voz femenina distinta a la de hace un momento.

—¿Qué pasa? —balbuceó Raquel con voz ronca.

—¿No piensan bajar a desayunar?

Raquel entreabrió los ojos llevándose la mano a la cara como si le molestara la luz que entraba por la ventana.

—¿Quién habla?

—¿Cómo quién?... ¡Mariela!

—Ah…

—Te oyes mal. ¿Bebieron mucho anoche?

—No sé… supongo.

—¿Dónde está Mateo?

—Aquí, dormido.

—Quiero hablar con él.

Raquel estiró el otro brazo y sin voltear a ver, le pasó la mano por el rostro al joven que dormía junto a ella.

—Mateo…

—¿Qué haces?... ¡Quiero dormir! —dijo Mateo sin mover el cuerpo.

—Te llaman.

Mateo se talló los ojos.

—¿Quién es? —dijo incorporándose.

—Imagina —contestó Raquel aventándole el teléfono y levantándose de la cama. Inmediatamente tropezó con una botella de whisky vacía tirada a medio pasillo.

—¡Carajo! —exclamó Raquel sobándose el dedo gordo del pie derecho.

—¡Cuidado señorita, no se vaya a tropezar! —dijo Mateo en tono de burla soltando una risita.

—Mejor contesta, idiota.

—¡Bueno, bueno!... ¿Hay alguien ahí? —Mateo volvió a poner la bocina en su lugar.

—Se fue. ¿Qué demonios quería?

Raquel no contestó, encendió un cigarro, corrió la cortina y salió al balcón, estaba en calzones y con una pequeña camiseta de tirantes que dejaba ver su vientre plano. En la parte baja de la espalda, muy cerca de las nalgas tenía un tatuaje pequeño con forma de murciélago, se trataba de un dibujo gótico muy elaborado que solo podía apreciarse estando muy cerca.

Mateo se levantó y caminó desnudo hasta el balcón, le quitó el cigarro a Raquel y le dio dos caladas. Su vientre también era plano, sin embargo no se asomaba ningún tatuaje en la parte baja de la espalda ni en ninguna otra parte, posiblemente no se veía nada debido a la cantidad de pelo que tenía por todo el cuerpo excepto en la cabeza, pues tenía el coco liso. Llevaba un poco de barba y un *piercing* en el labio inferior.

El teléfono volvió a sonar.

—¡¿Le dices tú o le digo yo?! ¡Mira que pedirnos el despertador a las 9, es de locos! —exclamó Raquel arrebatándole el cigarro y apagándolo en una maceta.

Mateo entró a la recámara y levantó la bocina.

—¡¿Mamá, qué diablos te pasa?!

Raquel se quedó en el balcón, cerró la puerta de cristal y se sentó en una de las sillas de playa. En una pequeña mesa había dos ceniceros hasta el tope de colillas, el piso estaba lleno de ceniza y la cantidad de latas vacías de cerveza era considerable, cerca de tres decenas. Raquel se llevó una mano a la frente cerró los ojos y se dio un masaje. Después bajó la mano y se quedó quieta como si estuviera dormida. Desde ahí podía escuchar a unos chicos que nadaban en la alberca, jugaban a la pelota y de vez en cuando se reían. También se alcanzaba a oír el ruido de las olas y de las gaviotas. Era un día soleado, el cielo estaba despejado.

La puerta del balcón se abrió y entró Mateo; seguía desnudo, se estiró y lanzó un largo bostezo.

—Que extraña mucho a Gina —exclamó Mateo.

—¡¿Qué?! ¡Pero si apenas se casó anoche!

—Sí, pero mi hermana era todo para ella.

—Hablas como si estuviera muerta o ya no fuera a volver... ¡Lo que Mariela necesita es un hombre que la aguante y le crea todos sus chantajes!

—Oye, ¡se trata de mi madre!

—Precisamente por eso, es urgente que lo encuentre.

—Le dije que bajábamos a desayunar —expresó Mateo en tono de petición.

Raquel se levantó de la silla de playa y entró en la habitación.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez contestó ella.

—¡¿Bueno?!

Mateo se asomó al dormitorio.

—Sí, claro —dijo Raquel viendo a Mateo y colgando el auricular.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mateo.

—Que no se te olvide que es un hotel familiar, te manda decir el gerente.

—¿Qué? —exclamó Mateo confundido.

—¡Que te cubras, degenerado! —dijo Raquel aventándole una de las sábanas.

Mateo entró en la habitación, dejó la sábana en el suelo y se abalanzó sobre Raquel.

—Conque degenerado ¡¿eh?!

—No, cosquillas no ¡por favor! Mateo, ¡necesito entrar al baño!

Mateo la tomó de las piernas y comenzó a hacerle cosquillas en las plantas de los pies. Las carcajadas de Raquel invadieron el cuarto.

—¡Basta! ¡Estoy a punto de orinarme! Déjame por favor —decía entre risas con lágrimas en los ojos.

—OK, te daré una oportunidad —dijo Mateo soltándole las piernas.

Raquel corrió por el pasillo hasta el baño. En cuanto abrió la puerta pegó un alarido. Volvió a cerrarla y retrocedió.

—¿Qué pasa? —preguntó Mateo desde la cama.

—¡Tienes que ver esto!

—¡No me digas que hay un alacrán, porque les tengo pánico!

—Mucho peor… hay un tipo en la bañera —exclamó Raquel con una sonrisa nerviosa.

—¡¿Qué dices?!

—Sí, yo creo que es de los que vinieron anoche al cuarto. Hay coca en el lavabo.

Mateo abrió un cajón, sacó unos bóxer y se los puso. Entró al baño sin hacer ruido y observó con atención al hombre: estaba en calzones y con los calcetines y los zapatos puestos.

—¡Es el botones! —dijo Mateo con el entusiasmo de haber resuelto un acertijo.

—¿Cómo lo sabes? —cuestionó Raquel recargada en la puerta del baño.

—Aquí está su uniforme —expresó Mateo señalando una chaqueta azul marino con el logotipo del hotel que estaba en el cesto de la basura.

—¿Si respira verdad? —preguntó Raquel preocupada.

—Sí claro, solo está borracho —aseguró Mateo al tiempo de que trataba de enderezarlo.

—¡Hey, amigo! Despierta, ¡hey! —dijo moviéndole la cabeza.

El hombre entreabrió los ojos, pero volvió a cerrarlos. La cabeza se le iba para un lado.

—¿Y si abrimos la regadera? —sugirió Raquel.

—Mejor pásame la jarra de agua.

Mateo vertió un chorro de agua en la cabeza del botones, pero éste ni se inmutó.

—¿Qué vamos hacer? —dijo angustiada Raquel.

—Ayúdame a moverlo.

—¿Moverlo? ¿A dónde?

—Hay que sacarlo de aquí. Tú sujétalo de los pies y yo de los brazos.

Mientras Mateo logró sacar de la bañera medio cuerpo del hombre, Raquel no pudo moverlo ni medio centímetro.

—¡Está pesadísimo!

—¿Quieres que cambiemos de lado? —preguntó Mateo.

—No, espérate. ¡Mejor tápale los ojos!

—¿Qué?

—¡Que le tapes los ojos! Ya no puedo más, ¡necesito orinar!

—Pero si está inconsciente.

—Puede despertar en cualquier momento.

Mateo tomó la chaqueta del cesto de basura y le cubrió el rostro al joven. Raquel se sentó en la taza y orinó en abundancia por más de un minuto.

Enseguida, casi arrastrándolo llevaron al botones hasta la cama todavía sin hacer y lo taparon con una de las sábanas.

—Necesito un trago —exclamó Raquel.

Mateo abrió la puerta del frigobar. Solo quedaban dos pequeñas botellas de tequila. Tomó las dos y le dio una a Raquel.

—Vamos al balcón —dijo Raquel con la cajetilla de cigarros en la mano.

Era una hermosa mañana. Desde ahí se podía ver a un ferry que partía a playas lejanas. Un grupo de chicos intentaba surfear, varios paracaídas flotaban en el aire. Una chica pelirroja tomaba el sol junto a la alberca, una mujer madura desayunaba sola en la terraza. Una pareja a medio vestir se besaba en el balcón. El verano había comenzado.

La TV de Aljoscha

Una vez estuve en París y casi ni lo podía creer, fue por uno de esos concursos de la televisión. En ese tiempo yo vivía y estudiaba en Berlín, tampoco casi ni lo podía creer cuando me dijeron que yo era la mexicana que había ganado la beca para estudiar cine en Alemania. Vivía muy cerca de la estación del *S Bahn* a un costado del Río *Spree*, en un pequeño departamento que compartía con una chica polaca llamada Anna. Lo teníamos casi todo, menos televisión. Los alemanes lo tienen todo: bañera, calefacción, internet, teléfono, *garaje*, autos, trenes, bicicletas, carreteras de ocho carriles, muchos árboles, parques nudistas, castillos, museos, campos de concentración, comida turca, deliciosos pastelillos de chocolate, ópera, Wim Wenders, La Columna de la Victoria, inmensas antenas de televisión, el hombrecito del semáforo, la mejor cerveza y los más internacionales DJs, entre muchas cosas más.

II

Todos los lunes me veía con Aljoscha en la universidad, teníamos un trato: una hora de español y otra de alemán. Era un chico alto y un poco robusto, me recordaba a Gérard Depardieu, con la misma melena, pero con 20 o 30 años menos. Aljoscha parecía una persona feliz con sonrisas para todo el mundo, algo un poco raro y sospechoso, si se toma en cuenta que nació

en el seno de una familia disfuncional y tuvo una infancia difícil. Un padre muerto por suicidio, un hermano en la cárcel, una madre alcohólica, un gato envenenado y una vecina adicta a la música de The Eagles.

III

Nos presentó Daniela, la chica más amable de toda la universidad. Fue por la mañana en la cafetería. Parecía tímido y nervioso. Cada vez que lo veía a los ojos, bajaba la mirada. Sin embargo, parecía también que en cualquier descuido se me iba a echar encima. Feo no era, pero debo decir que tampoco me volvía loca con su físico. La segunda vez que nos vimos me invitó una taza de café.

—¿Quieres ir a mi casa o prefieres tomarlo aquí? —me dijo refiriéndose al comedor universitario, sitio en el que por lo regular comía todos los días.

Era un espacio muy amplio donde cabían alrededor de cien mesas con ocho sillas cada una. Estaba muy iluminado, se podía usar gafas oscuras y se seguía viendo con claridad. La luz entraba por unos ventanales que daban al puente por el que se llegaba a la puerta principal de la universidad. Desde ahí se veía a los estudiantes bajar del metro, subir por unas escaleras eléctricas y luego caminar por el puente hasta la entrada. Era todo un escaparate para los curiosos, desde ese lugar privilegiado se podía observar qué alumno venía retrasado, relajado o incluso contento, algunos corrían, otros llegaban en bicicleta, otros más caminaban en grupos.

—¿Qué tan lejos vives? —le pregunté.

—Más cerca de lo que te imaginas.

Caminamos hacia el estacionamiento. No tenía idea de que Aljoscha llevara auto a la universidad, imaginaba que era de los que se desplazaban en metro como la gran mayoría de los estudiantes. Ya me estaba arrepintiendo de haberle dicho que fuéramos a su casa, pensé que por más cerca que estuviera, el

tráfico nos retrasaría. Pero no fue así, su casa estaba ahí mismo en el estacionamiento, era roja y con ocho ruedas.

—Vivo en un pueblo a 30 minutos de aquí —me dijo cuando tomábamos café en unas sillas de playa y una mesita de madera, afuera de la casa rodante.

—Toco en un grupo de *jazz*, por las noches damos conciertos aquí y allá.

—Entonces, aquí es donde pasas la mayor parte del tiempo —le dije, como una afirmación.

—Se duerme bien, voy a todas partes y no tengo que pagar alquiler.

—Qué conveniente. ¿Y cuándo te bañas?

—Normalmente, los fines de semana —respondió sin inmutarse de mi sarcasmo.

—O bien no falta que entre semana pase por casa de un amigo y le pida el baño prestado, tú sabes, en realidad es algo que no me preocupa mucho.

—Vaya, me gusta tu estilo —le dije con sinceridad.

Nos volvimos un poco amigos y un día llegó a mi departamento con una televisión que le sobraba. Me ayudó a conectarla y luego se fue. Esa noche me la pasé en el *zapping* hasta que me venció el sueño.

IV

Las siguientes noches estuve pegada al televisor, pues además de entretenerme, me ayudaba a practicar el idioma, ya que en Alemania al igual que en España, todo lo doblan, incluso las películas de Woody Allen, algo terrible. Los martes había un programa de concursos. Cada vez era sobre un tema distinto. Siempre eran cinco participantes, a todos se les hacían preguntas sobre el tema del día y el que acumulaba más puntos era el ganador de un viaje doble a París. Una vez ganó una muchacha que sabía todo sobre osos hormigueros: su periodo de vida, alimentación, peso, enfermedades, riesgos y tipo de muerte más

común. Era increíble la cantidad de información que tenía acumulada la chica. Parecía como si toda su vida la hubiera empleado en explorar ese tema. La cosa funcionaba así, si tú creías que dominabas un tema, sólo había que llamar por teléfono y dejar tus datos. Cuando encontraban a otros cuatro locos que querían hablar de lo mismo que tú, te invitaban a participar en el programa. Por supuesto que no podía ser cualquier cosa, es decir, mientras más excéntrico y extraño fuera el tema, mayores posibilidades había de que lo eligieran. Al finalizar el programa daban a conocer la lista de temas seleccionados del mes para que los interesados se anotaran. Me apunté en uno sobre *picnics*.

V

Llegamos una hora antes. Los cinco entramos a un pequeño cuarto donde un par de mujeres comenzaron a maquillarnos. Frente a nosotros había un espejo que cubría toda la pared, fue ahí que nos comenzamos a mirar unos a otros. Uno de los concursantes me gustó, pero resultó ser el menos hábil con las respuestas y a los cinco minutos lo descalificaron. Yo sabía todo sobre *picnics*, precisamente porque los odiaba.

Numerosos domingos de mi infancia transcurrieron bajo la sombra de un árbol, rodeada de una variada clase de insectos que subían y bajaban por mis piernas y brazos, o peor, acechada por un grupo de abejas dispuestas a beberse mi refresco de naranja. Pero la parte más tétrica era la de la compañía y las conversaciones que ahí se generaban. Mientras mi hermano y mi padre se desaparecían junto con mis primos, con el pretexto de jugar futbol. Yo, la única niña, me quedaba a lado de mi madre y de unas mujeres que decían ser mis tías, una de ellas exageradamente gorda que no hacía más que comer todo el tiempo; las demás siempre estaban hablando de dietas, pañales y asesinos en serie. Una vez logré apartarme de ahí y me puse a jugar con otros niños escondidillas, era de parejas, niño y niña, mi compañero se llamaba Pedro, tenía ojos lindos y melena larga, todo el tiempo me tomaba de la mano y corríamos hacía donde él decidía, siempre encontraba lugares estratégicos para escondernos, era como si conociera a la perfección aquel bosque—parque, tenía árboles muy altos y de gran follaje, había grandes rocas y un arroyo. Era otoño y todo lucía dorado. Llevábamos media hora de juego cuando se empezó a mover la tierra. Pedro y yo estábamos detrás de un árbol, me tomó de la mano y salimos corriendo en dirección al arroyo, empezaron a caer ramas de los árboles, algunas piedras se movieron del lugar y rodaron por distintos caminos. Pedro me abrazó, era tan sólo unos centímetros más alto que yo y los dos estábamos igual de delgados, sin embargo yo sentía que estaba segura en esos brazos y que nada nos iba a pasar, a pesar de que todo a nuestro alrededor y bajo nuestros pies se movía. Luego de casi cinco minutos todo se quedó quieto. Comenzaron a escucharse gritos y a lo lejos algunas sirenas de ambulancias. Permanecimos abrazados por mucho tiempo, hasta que mi padre nos encontró. Del susto nos quedamos pegados, cuando nos separamos nuestros cuerpos estaban bañados en sudor. Caminamos en silencio hacia la entrada del parque donde estaban nuestras familias, casi todas las señoras ahí presentes lucían un tanto histéricas, por supuesto mi madre era una de ellas.

—¡¿Dónde diablos andabas?! ¡Escuincla del demonio! —me gritó al tiempo de que me jalaba del brazo y me separaba de Pedro y de mi padre. No volvimos a realizar un *picnic* hasta un año después. Regresamos al mismo parque, pero no vi a Pedro, había menos árboles y el río estaba seco. Creo haber visto a Pedro alguna vez en el cine, no estoy segura si era él porque ya habían pasado varios años, pero por el parecido es probable que haya sido. Era una película de suspenso bastante mala.

VI

Me dieron el premio, intenté compartirlo con Aljoscha, pero se negó argumentando que tenía varios conciertos agendados.

Hice lo mismo con Anna pero me salió con que no le gustaba viajar. Terminé invitando a un perfecto desconocido, se trataba de un chico que trabajaba en una de las cafeterías del centro, lo conocía de vista, solo habíamos cruzado unas cuantas frases. De mí sabía que me gustaba el café cargado y los *muffins* de chocolate y yo de él que le gustaba Blur y Depeche Mode, pues era la música que programaba cuando estaba solo. Llegamos la tarde de un jueves. En el hotel de cinco estrellas nos recibieron con amabilidad, nos asignaron una *suite* con todas las comodidades: *jacuzzi* , sala de estar, un pequeño bar, dos amplias camas, TV con cable, reproductor de dvd y algunas películas, bocinas para conectar el *iPod*, red inalámbrica, y lo más importante: un balcón con una vista espectacular en la zona de Montmartre. Los dos primeros días hicimos lo que normalmente hace toda la gente cuando está por primera vez en París: visitamos museos, galerías, catedrales, parques, cementerios, tiendas y por supuesto la Torre Eiffel. Fue hasta que realizamos este recorrido turístico que mi acompañante y yo tuvimos algo más que una conversación superflua donde todo giraba a "¿Qué te pareció la exposición?", "¿Te imaginabas así la tumba de Jim Morrison?". Fuimos a cenar a un restaurante en el barrio Latino. En el hotel nos habían dicho que era el único lugar en todo París donde existía la hora feliz, así que luego de comer unas crepas, paramos en el primer bar instalado en una zona peatonal. Pedimos unos *shots* de tequila y nos comenzamos a conocer. Mi invitado no era alemán, era de Bélgica y llevaba dos años en Berlín, ¿la razón? por el simple hecho de ver mundo. No era el primer país donde aparcaba. Su primera parada había sido en Madrid, trabajó siete meses en una tienda de tatuajes, salió con un par de clientas y aprendió hablar español más pronto de lo que imaginó. Posteriormente viajó a Viena, ahí aprendió alemán en un empleo de lavaplatos en un hotel. Quiso aprender inglés y fue a Londres, a las dos semanas estaba nuevamente en Bruselas, no fue fácil encontrar trabajo sin saber el idioma; sin embargo se sentía orgulloso de hablar francés, español y alemán. Esa noche fuimos a bailar, cantamos en un karaoke y terminamos en un bar cerca del *Moulin Rouge*, como era de esperarse nos acariciamos y nos besamos. El resto de la semana prácticamente no salimos del cuarto. Cuando terminó el viaje y era tiempo de regresar a Berlín, me explicó que no iría conmigo.

—Me quedaré aquí por un tiempo.

—¿Hablas en serio?, pero si ya hablas francés —le dije un poco triste.

—No es solo eso, quiero probar suerte, caminar esta ciudad, conocerla mejor. Prácticamente estuvimos todo el tiempo encerrados en ese cuarto de hotel.

Me sentí desconcertada, yo también hubiera querido ver más París que su linda cara encima de la mía, pero pensé que el tipo lo estaba disfrutando igual que yo. De haberlo adivinado, todas las noches hubiera salido a perseguir los fantasmas de Cortázar y quizás y en una de ésas me encontraba con La Maga y Oliveira. Ni siquiera vi un gato.

VII

De regreso en Berlín volví a la universidad, el semestre estaba por terminar y se acercaba el momento de volver a México. Con Aljoscha tuve poca comunicación, seguía de gira y casi nunca escribía. La última vez que tuve noticias de él, fue unos días antes de mi viaje a París. Terminando las clases tenía el plan de visitar a unos amigos en Barcelona. Me llevaría todas mis cosas y luego de dos semanas volvería a México. Comencé a empacar, en un semestre se acumula más de lo que uno quisiera, llevaba casi dos cajas llenas de libros, discos y revistas; así como dos maletas repletas de ropa, además de la computadora, la cámara y el tripié. Estaba al corriente con mis pagos en el departamento, así que lo único que faltaba era hablar con Aljoscha para que fuera por su televisión. Le envié más de diez *e—mails* y le dejé como 20 mensajes en su celular. Comencé a pensar en la posibilidad de dejar la TV de Aljoscha en alguna otra parte pero

fue más complicado de lo que pensé. Ninguno de mis conocidos la aceptó porque era "demasiado grande" y no disponían del espacio suficiente para guardarla.

—Pero no tienen que guardarla, la pueden encender y usarla hasta que Aljoscha aparezca y la recoja —les decía yo convencida de que era una buena oferta.

—Ya tenemos televisión —contestaban todos.

Es cierto que la televisión era muy grande y muy vieja, no tenía pantalla plana, ni mucho menos, pero servía y tenía una excelente resolución.

Se llegó la fecha de volar a Barcelona. La casera estaba hospitalizada y no tenía forma de comunicarme con ella y comentarle que dejaría en mi cuarto una televisión de manera temporal, así que le expliqué a mi compañera Anna que Aljoscha estaba de viaje y no había podido pasar por la TV pero que lo haría en cuanto llegara a Berlín. Le mandé un *e—mail* a Aljoscha diciéndole que regresaba a México, le di las gracias por la TV y por lo que ésta me dio: la práctica del idioma, el concurso y el viaje a París. Le agradecí que me enseñara a contar del uno al cien en alemán y por los exquisitos cafés que me preparó en su casa rodante. Le pedí que en cuanto llegara a Berlín fuera por su televisión.

Llevaba casi dos meses en México cuando una mañana me llegó uno de los correos más desagradables que he recibido en toda mi vida. Se trataba de mi casera. Estaba que echaba chispas. Me reprochaba que no me hubiera llevado ese "mastodonte" de televisión, que "cómo era posible", "qué irresponsable", que estaba muy decepcionada de mí, que una chica griega llegaría esa misma semana a ocupar mi cuarto y no podía rentárselo en esas condiciones, que tenía tres días para recoger esa televisión o la tiraría al bote de la basura. Me pareció una reacción de lo más exagerada. La habitación no contaba con TV, así que a la nueva chica le caería muy bien tener una, pero tal parece que nuestras formas de pensar eran muy distintas. Traté de comunicarme con Aljoscha, pero fue inútil. Le llamé a Daniela, la chica

que nos presentó, pero no la encontré, se había ido a un concierto a Colonia. Me resigné, qué podía hacer. En México nadie tiraría a la basura una televisión que todavía sirve, el hecho de ser vieja y grande no eran motivos suficientes, en todo caso se trataría de vender, de rifar o de subastar, pero no se tiraría como si fuera una chatarra. Fue hasta cuatro meses después del incidente, que Aljoscha me escribió. En su correo me decía que no me preocupara, que él tenía otros dos televisores de la misma marca y el mismo modelo. Me confesó que le encantó prestarme la TV y que me fuera útil todo ese tiempo. Que mi casera era un poco histérica, pero que seguramente alguien la había recogido y ahora lucía en la sala de su casa. Lo que dudé mucho, luego de las respuestas negativas que recibí todo ese tiempo cuando traté de que alguien se quedara con ella, más bien la imagino solitaria en un callejón entre cacharros, mojándose cuando hay lluvia y llenándose de sol en el verano. Oprimí el botón *Off*. Adiós al Gérard Depardieu berlinés con veinte años menos, a las películas dobladas de Woody Allen, al concurso, los *picnics*, el premio a París y al chico belga de los idiomas. Descanse en paz la TV de Aljoscha.

Dúplex

Gertrudis me atraviesa la cabeza con su mirada. Ni siquiera son las seis de la mañana y ya me está lanzando su veneno. No me tolera, no soporta mi juventud, mi belleza, mi buen humor, mi salario y mi buena suerte con los hombres. Dios, me escucho y me dan ganas de vomitar. ¿Cuándo me volví tan insoportable?

—¿Café? —pregunta la mesera.

Luciana, Enrique y yo asentimos.

—A mí me traes un té de hierbabuena —dice Gertrudis con tono seco y decidido.

Me le quedo viendo. Se da cuenta.

—Que hagan lo que quieran. Hoy no me pienso preocupar, ya están grandecitos, si no pueden dormir, pues que no duerman, si les dan taquicardias, que les den taquicardias.

—A mí no me pasa nada —dice Enrique sonriendo y mostrando sus *brackets*.

—Pues a mí tampoco —añade Luciana con voz dulce. —Mi papá me deja tomar café los domingos.

—Sí, pero hoy es viernes —expresa Enrique en tono de burla.

—Ya lo sé idiota —contesta Luciana.

—Silencio, dejen de pelear —dice Gertrudis levantando la voz. —Ni siquiera sabemos dónde vamos a pasar la noche y ustedes solo piensan en discutir —exclama con los ojos llenos de agua.

—¿La noche? pero si ya es de día —dice Luciana viendo su reloj de color rosa.

La volteo a ver y le hago una seña para que se calle de una vez.

Dos mesas adelante, Jacinto y Rex discuten con el hombre del seguro.

—¡¿Pérdida total?! —se le oye decir a Jacinto un tanto estresado.

—Eso lo sabremos en unos días, ya que los peritos hagan su trabajo —añade Rex mucho más tranquilo.

—Necesito que llenen estos formularios —les pide el asegurador.

Regresa la mesera con el café, nos deja unos sobrecitos con azúcar y una jarrita con crema.

—Enseguida le traigo el té —le dice a Gertrudis.

Luciana sonríe, le parece gracioso que su madre sea la última en recibir su pedido. Abre un sobrecito de azúcar y se lo echa a la taza, abre otro y lo vacía en un platito, con el dedo índice mojado en saliva se lleva granitos de azúcar a la boca.

—Deja de jugar —le ordena Gertrudis con tono desesperado.

Aprovecho para tomar la jarra y echarles un chorrito de crema a cada uno de los tres cafés.

—Gracias tía Ely —expresa Enrique complacido.

—Gracias tía —repite Luciana.

Regresa la mesera con el té de Gertrudis y una canasta de pan dulce y tostado, alrededor hay unos botecitos con mantequilla y mermelada. Los niños empiezan a comer con prisa como si no lo hubieran hecho en días.

Además de nosotros, en el lugar hay una pareja joven que toma algo parecido a una bebida energética, hablan y ríen mucho, parece que vienen de una fiesta, tienen facha de trasnochados y de que han bebido suficiente alcohol. En un rincón de la barra está sentado el jefe de meseros. Es joven, no pasa de los 35, lee el periódico y de vez en cuando echa una mirada a todo el sitio.

La mesera también les ha llevado café a Jacinto, a Rex y al hombre del seguro.

—¡Esto es una pesadilla! ¿Cómo pudo suceder? —dice Gertrudis esperando una respuesta de mi parte. Me limito a levantar los hombros.

—No vamos a ir a la escuela, ¿verdad mami? —pregunta Luciana revolviendo su café con una cucharita.

—¡Claro que no! —le dice Enrique.

—Mami, ¿vamos a ir a la escuela? —insiste Luciana.

—No —responde Gertrudis con tono seco.

—¡Qué alivio, porque ya mi tarea no existe! —anuncia Enrique divertido.

—¡Oh! ¡Mi mochila, mis colores! ¡Ya no tengo útiles! —dice Luciana cayendo en cuenta de la situación. —¡Oh, no! ¡Solo me queda este vestido!

—¡Qué suerte que hoy me puse mis tenis favoritos! —expresa Enrique mostrándonos a las tres su calzado.

Gertrudis permanece en silencio, está ida, tiene la mirada perdida y luce derrotada. Es diez años mayor que yo, pero esta noche parece como si hubiera envejecido otra década, sus ojos verdes parecen dos plantas marchitas rodeadas por amplias ojeras, sus labios son una raya horizontal con pequeñas arrugas en las orillas y su nariz operada luce roja por el frío y la tristeza.

Afuera todavía está oscuro. Desde el ventanal de la cafetería se puede ver la avenida principal, pocos carros circulan por ahí. Se empiezan a ver algunos camiones y gente que camina hacia su trabajo, principalmente obreros que se dirigen a una fábrica de muebles cercana.

II

Desde hace dos años compartimos la misma propiedad. Hasta esta noche, vivíamos en una casa dúplex. Gertrudis, Jacinto y los niños en la planta baja, y Rex y yo en el segundo piso. Jacinto y Rex recibieron esa casa como herencia una vez que su

madre murió. Decidieron partir la casa en dos y vivir ahí. En la planta alta construyeron otra cocina y en la planta baja dos cuartos. A mí me gustaba vivir en el segundo piso, teníamos un gran balcón y una escalera independiente desde de la calle. Cada casa tenía su propio *garaje* y si queríamos, ni nos veíamos. Lo único que compartíamos era el jardín y la alberca, pero a los únicos que nos gustaba estar ahí era a los niños y a mí.

A Gertrudis no le hacía mucha gracia que fuéramos vecinos. Creo que lo que más odiaba era que viviéramos arriba de ella y fuera testigo de todos nuestros movimientos. Detestaba que saliéramos entre semana y regresáramos en la madrugada. Decía que se despertaba cada vez que pisábamos la escalera. Cuando hacíamos alguna reunión con nuestros amigos se quejaba de que no la habíamos dejado dormir, que la música estaba demasiado alta, que alguien había pasado la noche vomitando en el baño, que éramos unos perdidos, drogadictos, que no conocíamos el significado de la palabra respeto. Todo aquello lo sabíamos por los niños y Jacinto. Ella nunca nos decía nada, pero con su mirada y con su actitud era suficiente para darnos por enterados. Lo que más le molestaba es que habían sido Jacinto y ella quienes eligieron vivir en la planta baja. Ni siquiera le preguntaron a Rex si estaba de acuerdo. Tenían la idea de que la casa de abajo era más amplia y como ellos tenían dos niños se sentían con derecho de jardín y alberca. Pero a mí no me importaba, de todos modos de vez en cuando me daba mis chapuzones y me asoleaba en bikini, situación que ponía los pelos de punta a Gertrudis. El verano pasado, en una de nuestras fiestas, Rex se puso muy simpático con el alcohol que había bebido y propuso a nuestros invitados ir a la alberca a nadar desnudos. Todos estuvimos de acuerdo. No éramos muchos, solo tres parejas. Entramos de puntitas por la parte de atrás de la casa, nos quitamos la ropa y nos echamos al agua. Al principio todo era silencio pero nos ganó la risa a los que andábamos pachecos y terminamos haciendo más ruido del que habíamos planeado.

De repente todo se iluminó: se prendieron las luces del jardín y de la alberca.

Ahí estaba Gertrudis con una bata de estampados florales, su cabellera revuelta, los ojos hinchados y las arrugas de la almohada en el rostro.

—¿Pero qué se han creído? ¡La alberca tiene horarios! ¡Salgan inmediatamente de mi jardín!

Yo no podía dejar de reír. Mis invitados hicieron lo mismo, la risa se volvió carcajada.

Jacinto estaba a un lado de ella, pero no decía nada, creo estaba un poco adormilado y todavía no caía en cuenta de qué pasaba. Rex fue el primero en salir. Gertrudis no pudo disimular la sorpresa de verlo desnudo.

—Cuñada, una disculpa. No queríamos despertarte —le dijo arrastrando la voz y tambaleándose.

—¡Largo de aquí! —gritó furiosa.

Yo fui la última en salir.

—Adiós Jacinto —dije caminando despacito, con toda la intención de que miraran mi cuerpo.

Gertrudis nos dejó de hablar como tres semanas, pero luego todo volvió a la normalidad.

III

—¿Puedo ir al baño? —pregunta Luciana moviéndose en el asiento forrado de plástico.

—Espérate, me acaban de traer el té —dice Gertrudis con determinación.

—Si quieres yo la llevo —le digo levantándome y tomando la mano de la niña.

Caminamos en dirección al baño, cuando pasamos por la mesa donde están Jacinto, Rex y el asegurador, Luciana abraza a su papá del cuello.

—¡Papi, hoy no vamos a ir a la escuela!

Jacinto sonríe y le da un beso en la mejilla a la niña.

En el baño de damas solo estamos nosotras, Luciana entra a uno de los escusados y yo la espero en el tocador. Por las bocinas ambientales se escucha *500 miles* de los Pretenders. Me miro en el espejo. Llevo puesta una blusa blanca de *Gucci*, *jeans* y unas botas *Hugo Boss*. Al igual que Luciana me doy cuenta de que he perdido todo y solo me queda lo que llevo puesto. Me siento un poco triste cuando pienso en mi computadora, mis cámaras, mis fotos, los libros, discos, películas, zapatos y todo mi guardarropa. Sin embargo, al mismo tiempo siento un ligero entusiasmo por empezar de nuevo. De mi bolso *Louis Vuitton* gris, saco la cartera, me cercioro de las tarjetas que traigo y del dinero en efectivo, también están el celular, los lentes para leer, un estuche de maquillaje y un pastillero. Me asomo debajo de la puerta del retrete donde está Luciana, aún sigue sentada, lleva unas zapatillas rojas que aún no alcanzan a tocar el suelo. Regreso al tocador, me aseguro de que no hay cámaras de seguridad y del interior de la bolsa sacó la cajita del pastillero, dentro hay un diminuto paquete de plástico, lo abro, acomodo el producto y con prisa inhalo un poco de ese maravilloso polvo blanco, guardo la caja, me sacudo por encima de la nariz y me pinto los labios.

Luciana tira de la palanca del baño y sale con el rostro pálido.

—Me duele el estómago.

—Lávate las manos y ya no tomes café. Anda vamos a preguntarle a tu madre si trae alguna pastilla para el dolor —echo un último vistazo a mi cara y nos vamos.

Gertrudis está sola en la mesa. Enrique no está con ella, se ha ido. Miro alrededor y lo veo husmeando en un anaquel de libros y revistas. Llegamos a la mesa, Gertrudis parece haber aprovechado nuestra ausencia para echarse a llorar sin reparos, sus ojos se han puesto muy rojos. Luciana la abraza.

—¡Me duele la panza!

Gertrudis parece no haberla escuchado, su mirada está puesta en la taza de té. Voy con el gerente y le pido una aspirina infantil. Me mira con curiosidad.

—No tenemos, pero hay una farmacia a tres cuadras —me dice sonriendo.

Miro hacia la ventana y todavía se ve oscuro.

—¿Quiere que mande a uno de los meseros por una caja?

En ese momento me percato de que Jacinto y Rex se despiden del asegurador.

—Olvídelo —le digo.

Me acerco a Rex, Jacinto se ha ido a la mesa donde está Gertrudis.

—¿Ya nos vamos? —le pregunto curiosa.

—Sí. ¿Qué prefieres, playa o montaña?

—¡¿Qué?!

—Es fin de semana.

—¿Y?

—En 72 horas nos entregan el reporte. Si vamos a pasar tres noches en un hotel, para qué hacerlo en la ciudad.

Admiro a Rex y su forma de ver las cosas tan simple. Acabamos de perderlo todo en ese incendio y él piensa en sol y palmeras.

—¿Van ellos? —le pregunto un tanto intrigada.

—No. Están demasiado estresados para acompañarnos. Se quedarán en casa de unos amigos.

IV

Los dos sospechamos que Gertrudis piensa que fue nuestra culpa.

—¿Apagaron sus computadoras antes de salir? —nos preguntó en cuanto recibimos la llamada de Selene, nuestra vecina.

Estábamos en una cena en casa de Marco, un primo de Jacinto y Rex. Esa noche no consiguieron niñera y decidieron llevar a Luciana y a Enrique. Íbamos por el segundo plato, cuando Gertrudis recibió la llamada. Se quedó pálida, dejó caer la bocina y entró en pánico. Salimos corriendo cada quien en sus respectivos autos. Cuando llegamos ya estaban ahí los bomberos. No

había llamas, nunca las hubo, todo estaba negro y chamuscado, al parecer el incendio fue provocado por un corto, como estaban cerradas las ventanas no hubo ningún tipo de explosión que alertara a los vecinos, cuando éstos se enteraron del percance ya era demasiado tarde, toda la finca estaba llena de humo y negra. Acordonaron la zona y nos pidieron que nos alejáramos del lugar para evitar una intoxicación. Llegó el asegurador y decidimos venir aquí.

Gertrudis llora abrazada de Jacinto, Rex pide la cuenta. Voy en busca de Enrique. Luciana se ha quedado dormida, está acostada en el asiento donde hace un rato tomábamos café, su papá la carga en brazos, salimos del lugar rumbo al estacionamiento. Es un alivio que al menos los carros estén a salvo. Caminamos todos hacia la vagoneta *Ford* de Jacinto y Gertrudis; hace seis meses que la sacaron de la agencia y todavía huele a nueva. Acomodan a Luciana en la parte de atrás, Enrique me da un beso y otro a Rex antes de subir al auto. Gertrudis se despide, hay cierto rencor en su mirada, le doy un abrazo, responde con cierta frialdad, inmediatamente se despide de Rex con un beso en la mejilla.

—Ánimo, no es el fin del mundo —le dice Rex a manera de consuelo.

Gertrudis no responde, desvía la mirada y sube a su camioneta. Observo cada uno de sus movimientos hasta que cierra la puerta. Sin proponérmelo una sonrisa se dibuja en mi rostro, de alguna extraña manera me siento feliz.

—Mucha suerte Jacinto —le digo al abrazarlo, como si supiera que no nos vamos a ver en mucho tiempo.

Rex y Jacinto se dan un fuerte abrazo y se desean lo mejor.

—Nos vemos en tres días —le dice Jacinto.

—Hasta pronto, no enloquezcas —le advierte Rex.

Los vemos irse con cierta prisa. El cielo está completamente claro y despejado. Caminamos abrazados hacia nuestro auto.

—¿Y entonces? —pregunta Rex.

—Voy a necesitar un bikini —le digo con cierta mezcla de entusiasmo y esperanza.

Subimos al carro y desaparecemos. El estacionamiento se queda completamente vacío. La mesera que nos atendió, sale con dos bolsas de basura, las pone en el bote y vuelve a entrar en la cafetería. El ruido de la mañana se deja escuchar en sus calles y avenidas, a lo lejos se alcanza a distinguir una sirena de bomberos.

Distancias

Un golpe seco acompañado de una mentada de madre, fue lo que me despertó aquel sábado. Bajé las escaleras todavía con la pijama. Vi a mi padre tirado en el suelo con una maceta entre los pies, del otro extremo estaba mi madre con el cuerpo inclinado hacia delante y los brazos en el estómago conteniendo una carcajada que no se hizo esperar y estalló antes de que yo terminara de llegar a la planta baja.

—¡Chingado, para la otra, avisa! —Oí decir a mi padre al tiempo de que se levantaba y comenzaba a reír también.

Miré a mi alrededor y vi la casa volteada, mi madre llevaba toda la noche despierta, a veces entraba en trance y se ponía a cambiar todos los muebles de lugar.

Me senté en el último escalón y encendí un cigarro.

—Ya te he dicho que no me gusta que fumes en ayunas —me dijo mi padre ya sin reírse.

—Mamá ¿te digo algo?

—¿Qué?

—El piano se ve horrible ahí —le dije apuntando con el dedo.

—¿Tú crees?

Mi madre caminó hasta donde yo estaba, me quitó el cigarro, le dio una fumada y se puso a mirar.

II

Mi hermano mayor me debía un favor, así que por la tarde me prestó su carro y fui a casa de Karolina. K era mi mejor amiga y daba clases de alemán en un colegio al sur de la ciudad. Vimos una película de Tarantino y cuando se metió el sol fuimos a nadar a la alberca del colegio.

K tenía copia de la llave del portón trasero. La consiguió gracias a sus espontáneos amoríos con el velador, un chico bien parecido que pasaba las noches enteras leyendo a Kafka, también hablaba alemán, aunque en realidad casi no hablaba nunca nada, ni una palabra. Sin embargo tenía una mirada poderosa, profunda que te dejaba helada solo de verlo. Se llamaba Germán y casi siempre estaba pasado, fumaba mucha marihuana y estaba ahí y no en ninguna otra parte, porque era sobrino del director del colegio. Su gran plan era mudarse el próximo año a Nueva York y hacer carrera como escritor, pero mientras tanto se acostaba con K. De todo esto me enteré cuando terminé de estacionar el auto.

Entramos y ni luces de G. La alberca estaba iluminada y con el agua quieta. Ya había oscurecido y en el cielo brillaban algunas estrellas. Nos quitamos la ropa y nos dejamos puesto el traje de baño. K dio un salto y me salpicó las piernas. Yo me lo tomé con calma, me recosté en una silla de playa y encendí un cigarro. Me moría de curiosidad de conocer a G, miré a mi alrededor pero no vi nada, todo era oscuridad, la única luz venía del fondo de la alberca. K llevaba un bañador de color naranja muy brillante, al menos así lo parecía desde esa silla, desde ahí podía ver la cicatriz que tiene en la rodilla, era como si K estuviera bajo la luz de los reflectores de un escenario o como si fuera un *goldfish* dentro de una pecera, y ésta a su vez, estuviera detrás del cristal de un aparador iluminado, en una tienda acuática, sobre una avenida importante de una gran ciudad.

—Hey, ya, deja eso y ven —me dijo K.

Apagué el cigarro y me tiré al agua. Cuando salí a la superficie, ahí estaba él con su mirada profunda y sentado en la misma silla en la que yo me encontraba un momento antes. Traté de imaginarme cómo nos veía desde ahí, K de anaranjado y yo de azul, un bañador viejo con un pequeño agujero cerca del ombligo.

—Germán, Elisa. Elisa, Germán —dijo K.

Yo le dije "hola" y él solo hizo un gesto de media sonrisa.

K comenzó a nadar hacia el otro lado de la alberca. Yo me quedé ahí, sin decir nada, medio paralizada. Estaba segura de que ya se había dado cuenta del agujero de mi traje de baño, del pequeño lunar en la espalda y hasta del tamaño de mis pezones, y es que desde esa distancia y con aquélla iluminación se podían ver todos los detalles. Me sumergí.

III

Mi hombro todavía húmedo estaba totalmente pegado al de Germán, su otro hombro estaba junto al de Karolina. Los tres estábamos recostados en el pasto con la mirada hacia las estrellas. La pipa de G ya había dado tres vueltas. Era una noche calurosa con algunas ráfagas de viento que de vez en cuando provocaban el movimiento de las hojas de los árboles. No había palabras, era reconfortante estar así, sin decir ni hacer nada. De repente sentí el dedo índice de G recorriendo la palma de mi mano, segundos después era toda su mano encima de la mía, me acarició los dedos y después yo hice lo mismo con los suyos, así estuvimos varios minutos.

—*Playgirl, why are you sleeping in tomorrow´s World?*— comenzó a cantar K.

Playgirl de Ladytron era nuestro himno. Solíamos escucharla a todo volumen en el auto cuando nos sentíamos felices. Entre las dos compramos el CD y un año después fuimos juntas al concierto. No había llegado a *…why are you dancing when you could be alone*... cuando de un salto me aventé al agua. ¡Tenía que

bajarme la calentura! Nadé de ida y vuelta hasta la otra orilla, debajo del agua pensé que era el momento de partir. Cuando salí de la alberca, G estaba encima de K y el bañador naranja sobre la silla de playa. Sin hacer ruido, me pasé una toalla por la cabeza y el cuerpo, me puse la ropa encima del traje de baño y me fui de ahí sin despedirme.

IV

Faltaba más de una hora para regresarle el carro a mi hermano, así que paré en el primer bar junto a la carretera. Estaba medio vacío. La poca clientela era gente mayor, salvo la pareja de la barra que parecía tener la misma edad que yo. Para no llamar la atención, me acomodé en una mesa junto a la puerta de la entrada, aún me sentía bajo el efecto de la hierba. Le pedí al mesero una cerveza y éste a su vez, exigió que le mostrara la credencial de identidad. Me bebí la mitad del vaso de un trago y enseguida me enteré de que había olvidado los cigarros en el jardín, posiblemente en la silla de playa, debajo del bañador de K.

Caminé hacia la barra y le pedí al barman una cajetilla de mentolados. La pareja me miró en cuanto escupí la primera palabra.

—No vendemos tabaco —me dijo en tono seco el gordo de la barra.

Regresé a mi lugar y a mi cerveza, la terminé en dos tragos y pedí otra. No quería estar ahí, pero tampoco sabía qué hacer, volver por K no me parecía la mejor idea, habían pasado tan solo 25 minutos. En eso estaba cuando la chica de la barra vino hacia mí.

—No son mentolados, pero quizás te agraden.

Extendió su brazo con la cajetilla de cigarros sin filtro y unos cerillos. Desde la muñeca hasta el hombro tenía tatuada una serpiente.

—¡Gracias! —contesté un poco sorprendida.

—¿Me puedo sentar un momento?

—¡Claro! —le dije todavía sin salir de mi asombro.

Regresó a la barra por su cerveza y le dijo algo al oído a su acompañante con más tatuajes que ella. Ambos sonrieron y se dieron un beso corto.

—¿No eres de por aquí, verdad? —me dijo ya sentada frente a mí.

—No, no lo soy —le contesté con cierto titubeo.

Ya tan cerca, me di cuenta de que era más grande de lo que parecía a simple vista. Se le marcaban varias arrugas cada vez que sonreía. Quizás era cinco, seis, o diez años mayor que yo. Sus ojos eran redondos, casi negros, con pestañas largas y de mirada intensa.

—Disculpa, no quise molestarte, ni tampoco pretendo que me digas dónde vives.

—¡Oh no, no me molestas! Vivo hacia el poniente, muy cerca del acuario.

—¡Wow! ¡Qué suerte! ¡Seguro que es lindo por allá!

Eché un vistazo hacia a la barra y el acompañante de la chica me estaba mirando por el espejo que estaba detrás del cantinero. Se dio cuenta de que lo veía y desvió los ojos para otro lado. En ese momento me odié por dar información real.

—¿Entonces?...

—¿Sí? —pregunté distraída.

—¿Es lindo?

—Ah, sí, un poco, sí.

—¿Y qué sabes hacer?

—¿Cómo? —pregunté confundida.

—Sí, me refiero a ¿qué te gusta hacer, o qué sabes hacer bien?

—Toco el piano.

—¿En serio? ¿Tienes un piano?

—Sí —le contesté un poco arrepentida de mi respuesta.

La chica encendió un cigarro y subió las piernas a una de las sillas. Su postura cómoda me hizo pensar que tenía toda la intención de seguir con la entrevista.

—Oye, ya me tengo que ir —le dije con cierto nerviosismo al tiempo de que me acercaba la mochila.

—Pero si acabas de llegar.

—Lo siento, pero tengo que regresarle el auto a mi hermano.

La chica me ignoró y pidió dos cervezas más al camarero.

—Vaya, vaya, así que el auto que está afuera es tuyo.

—De mi hermano.

Me odié más por volver a escupir información. El mesero trajo las cervezas.

—Lo siento, llevamos varios minutos aquí y ni siquiera me he presentado, me llamo Marcia y tú eres…

—Ana —traté de improvisar.

El camarero que conocía mi nombre real por la credencial, nos miró interesado.

—Sé que nos acabamos de conocer Ana y que te parecerá un poco extraño pero mi novio y yo te queremos pedir un favor.

Me quedé muda, no supe qué decir. Miré hacia la barra y de nuevo su acompañante me veía por el espejo. El tipo era delgado de cabeza rapada, con tatuajes en los dos brazos y *piercings* en la ceja y la nariz.

Ella siguió sin importarle mi silencio.

—Se trata de lo siguiente, Jimmy y yo nos quedamos sin gasolina a 4 kilómetros de aquí. Llegamos a pie con la esperanza de encontrar a alguien que nos diera aventón hasta una gasolinera. Eres la primera que llega con auto. Hay un expendio a 13 kilómetros hacia el poniente, rumbo a tu casa, así que no tienes que desviarte de tu camino. Solo tienes que dejarnos ahí y nosotros pediremos otro aventón de regreso.

Miré hacia la barra y el tal Jimmy me cerró un ojo y sonrió.

—¿Puedes hacernos ese favor? —suplicó Marcia.

La verdad es que no les creía nada pero no sabía cómo zafarme. Pensé en ir al baño y escapar por la ventana como en las películas. Pero consideré que se vería muy sospechoso llevarme la mochila al W.C. Me sentí acorralada.

—Está bien. Pero tengo que irme ahora —dije con determinación.

V

El rapado no me dejó pagar y en lo que le traían la cuenta, Marcia aprovechó para ir al baño. Me puse de pie y tomé la mochila. El mesero trajo la nota y cuando el pelón sacó su cartera y se puso a contar el dinero, el camarero me echó una mirada que interpreté como de “es ahora o nunca”.

Volví a improvisar, saqué mi celular y empecé hablar como loca.

—Diga, diga, ¿Quién habla?… —dije cada vez más fuerte.

—No hay señal, tiene que salir —me ayudó el mesero.

—Diga, diga.. me fui diciendo. Abrí la puerta del coche y todavía dije dos “digas” antes de arrancar.

Regresé por Karolina. La vi en la calle, estaba por subirse a un taxi.

—¿Dónde andabas?

—Fui a dar una vuelta —dije mirando a Germán que fumaba junto a la puerta.

K subió al auto y nos dirigimos hacia el poniente por la carretera principal.

—Le gustas —dijo K, al tiempo de que encendía uno de mis cigarros.

—¿Qué? —contesté sorprendida.

—Me dijo que si yo no anduviera con él, lo intentaría contigo.

—Vaya qué sinceridad la suya.

Empezamos a reír todavía bajo el efecto de la hierba. Karolina encendió la radio y cantamos con los vidrios abiertos *Where is my mind* de los Pixies. Vimos letreros, árboles, un perro atropellado, hoteles de paso, un bar, una pareja, una estación de gasolina y mucha carretera. Aumenté la velocidad. El viento entró y nos despeinó. No hacía ni frío ni calor. Era una noche mágica adornada con algunas estrellas.

La operación

Me he levantado una hora antes de lo acostumbrado. Es una mañana fría, el sol no ha salido en su totalidad, pero ya se escucha el ruido de los camiones y de los trabajadores que caminan hacia la fábrica de chocolate que está a unas cuadras de aquí. Me doy una ducha de agua caliente para despertar y voy a la cocina a preparar café. No tarda en llegar Lisa y aún no tengo listas las fotos. Voy al armario y saco las dos cajas de cartón aún cerradas y pegadas con cinta canela. El polvo me hace estornudar, adentro están los nueve álbumes de fotografías familiares que me tocaron en la rifa de hace un año cuando murió mi madre. No había mucho qué repartir: Sara se quedó con el sillón rojo de piel que es buenísimo para echarse a ver películas y que yo hubiera dado todo por él; Lisa con el auto, un *Chevrolet* seminuevo automático, color blanco, con dirección hidráulica, de lo más cómodo para viajar en carretera, y yo con las fotos. Lo demás, eran muebles que a nadie le servían. La mayoría de las cosas las llevamos a un albergue. No había joyas que repartir ni herencias que pelear ni objetos de valor sentimental. Mi madre nos ahorró el trabajo y desde que ella y mi padre se divorciaron se fue desprendiendo de casi todo. En los últimos diez años se cambió 17 veces de casa y tres veces de ciudad. En cada mudanza vendía sus muebles y compraba otros. Lo único que conservó fue un pequeño departamento en los suburbios que decidimos vender. Con eso pagamos los gastos del hospital, el entierro y

todas sus deudas. Con el resto hicimos un viaje corto a la playa para reponernos del dolor que nos causó su muerte.

Prendo el televisor para sentir que ya empezó el día, lo tengo siempre en el canal de videos. Hay un especial de clásicos de los noventas y pasan *Break it down again* de Tears for Fears, me siento a verlo con mi taza de café humeante, aunque no es Nueva York la ciudad que ahí aparece, me acuerdo de que siempre he querido vivir ahí en alguno de sus rascacielos.

II

Lisa luce un rostro desencajado y con ojeras, pero es normal en ella, por eso, aún cuando el día esté nublado, siempre lleva gafas oscuras por las mañanas. Le ofrezco café y acepta, pero enseguida se arrepiente y dice que no, que quizás ya no deba volver a tomarlo, pero de inmediato se retracta y dice que qué más da. Siempre he pensado que es una loca. Vamos a la mesa donde están los álbumes, me pasa uno y me pide que le ayude a buscar fotos donde ella aparezca en traje de baño o con blusas de tirantes.

—¿Para qué las quieres? —le preguntó intrigada.

—Primero encuéntralas, luego te explico.

—Ah, ya sé, vas hacer alguna instalación o algo así, ¿no es cierto?

—Cuando encuentres la primera te digo.

Lisa tiene cierta dosis de ocurrencia. Para mi mamá era la creativa, la de la gran imaginación, la artista de la familia. Desde hace un par de años incursionó en el mundo del arte, y aunque a veces tiene sus "chispazos" y logra una que otra aceptable exposición, a mí más bien me parece predecible, obvia, pero sobre todo improvisada. En la mayoría de las fotos de playa que encontramos, ella aparece siempre con una camiseta blanca encima del traje de baño. Solo en tres fotografías de los nueve álbumes se le podían ver los tirantes que tanto buscaba. Una era de cuando tenía 12 años, otra a la edad de 20 y la tercera de hace un año cuando hicimos juntas ese viaje a la playa.

Lisa observa detenidamente las tres fotografías como si quisiera encontrar algo más allá del paso del tiempo.

—¿De qué se trata todo esto? —le pregunto con curiosidad.

—¿Notas algo diferente? —me dice mostrándome las fotos.

—Sí claro, que estás más vieja… —le digo con cierta dosis de burla.

—Fíjate muy bien en los hombros. Observa el derecho y el izquierdo. Fíjate en esa pequeña "lonjita" que se hace entre el tirante y la axila, y dime si las ves del mismo tamaño.

—Están iguales —le digo sin titubear y a la vez preocupada por su estado mental.

—¡No me digas! ¿Segura que no ves un lado más gordo que el otro? ¿No te parece que está más abultado el lado izquierdo?

—No, Lisa, todo está bien. No hay nada de qué angustiarse.

—Tú crees que estoy loca ¿no? Siempre has pensado que soy una loca, ¿no es cierto?

—No, cómo crees.

—Pues qué bueno, porque tienes que ver esto.

Lisa se quita la blusa. Yo me quedo sin habla, creo que tiene razón, el lado izquierdo se ve abultado, es mucho más grande que el derecho. Segundos después se vuelve a poner la blusa, camina hasta el perchero y de su bolso saca una *polaroid*.

—Julián fue el que se dio cuenta, la tomó ayer —Me dice mostrándome la foto y comparándola con las demás.

En la *polaroid* Lisa aparece en plano medio, trae puesto un sostén y la "lonjita" que se hace entre el tirante y la axila, es cuatro veces más grande en la última foto. Me queda claro que algo no anda bien. No sé qué decir.

—A lo mejor te pareció un poco tonto que viéramos las fotos. Pero necesitaba estar segura si siempre había estado así, o si era algo nuevo. Ya ves que soy un poco distraída y no me fijo en muchas cosas; casi no me veo en el espejo y a Julián prácticamente lo

acabo de conocer, era imposible que él supiera si ya estaba así….

Se despide sonriente y con aire relajado.

—Qué bien le va este color al departamento, ese *beige* me deprimía.

—Era azul.

—Bueno, de cualquier forma se ve mejor blanco.

III

Julián tiene ojos grandes con pupilas y retina brillantes, pareciera que siempre está al borde del llanto. Conduce rápido, esquiva autos y suena la bocina cada vez que algún carro se interpone en su camino. Sara va sentada junto a él pero parece no importarle, lleva puestos los audífonos del *iPod* y la mirada fija en la ventana. Hace un par de semanas que terminó con Lulú su novia y parece darle todo igual. Yo viajo en la parte de atrás, vamos en el *Chevrolet* de mi madre, que ahora es de Lisa y conduce Julián. En el espejo se balancea un pequeño hombre de hojalata, el mismo que le vimos comprar a mi mamá una noche de lluvia a una señora afuera del cine. Fue en la semana dedicada a Woody Allen. Veníamos de ver *Hannah y sus hermanas*. Lisa, Sara y yo ya la habíamos visto, pero le hicimos creer a mi madre que era la primera vez para que accediera a ir al cine con nosotras. Salió contentísima. En la calle estaba esa mujer con los hombrecitos de hojalata. Le compró el más grande y sin regatear. Si en ese momento alguien le hubiera intentado vender un refrigerador, también lo hubiera comprado. Supongo que Lisa lo recuerda bien y por eso lo dejó ahí.

Llegamos al hospital. Espero a que Sara y Julián se adelanten. Les digo que voy al baño, pero en realidad me paso a la cafetería, no hay nadie, solo el chico encargado del lugar, le ordeno un expreso y le pido que encienda el televisor. ¡Justo a tiempo! acaban de pasar los créditos de inicio y Tony Soprano se prepara para matar a un soplón. Le doy un trago largo al café. Sospecho una noche lenta.

Lunes

Hace casi una semana que regresamos de la playa y todavía encuentro restos de arena por todo el departamento, estoy casi segura de que Arturo no sacudió bien sus malolientes *Converse* más viejos que Dios, no sé por qué demonios no los mandó a la lavandería, quizás presintió que se los podían extraviar como mi par de calzones *Calvin Klein* cien por ciento algodón y diseño innovador. Y es que ¿Cómo llegas a la lavandería y le dices al dependiente que te faltaron dos tangas?

—Por favor hágame una descripción de las prendas que le hacen falta —me dice el tipo entre ofendido y curioso.

¡Maldita la hora en que se descompuso la lavadora! Todos atentos esperan la respuesta, la chica pelirroja que está mandando mensajes por su celular hace una pausa; la señora que teje igual, el hombre de traje que lee el periódico se hace el tonto y para oreja sin dejar de mirar la publicidad de un auto alemán.

Hubiera querido decirle:

—Se trata de dos piezas diminutas de la marca *Calvin Klein* colección primavera verano 2010, una es blanca con el resortito gris y la otra negra con unas figuritas indescifrables muy pachecas color verde oliva. Además de que son comodísimas gracias a que son algodón al cien y de que me costaron una fortuna, tienen un valor sentimental. Los blancos me recuerdan a la primera vez que Arturo y yo hicimos el amor, y la se-

gunda a una orgía inolvidable que tuvimos en Las Vegas con unos desconocidos de nacionalidad noruega o finlandesa, ya no recuerdo pues casi ni hablamos, pero todos me chulearon los *Calvin*, solo tuvieron que levantar el pulgar y guiñarme un ojo para darme cuenta de que les encantaron.

Pero no pude expresarme, soy una cobarde reprimida a la que le importa el qué dirán.

—Olvídelo —me limité a decir. Salí hecha una furia.

Me subo a mi *Chevrolet* modelo 84 que es una vergüenza pues no lo he lavado como en seis meses, "para qué, si llueve todo el verano en esta ciudad". Lo enciendo y no da marcha "maldita sea, lo que me faltaba". Desesperada por largarme del lugar lo enciendo varias veces hasta que lo ahogo. Me bajo del auto y trato de pensar. Estoy obstruyendo la salida de dos carros. La pelirroja dueña del *Jetta* me mira inquieta a través del cristal de la lavandería. No se aguanta y sale.

—Está tirando agua —me dice señalando abajo del cofre.

—Sí, sí, es el radiador que está perforado, pero eso no tiene nada qué ver —le digo muy segura.

La chica regresa por donde vino. Enseguida sale el hombre del traje, es el dueño del otro auto, trae un cesto de ropa que mete en la cajuela, se me queda viendo.

—¿Qué le pasó?

—Creo que se ahogó —le digo con cara de estúpida, implorando paciencia.

Me vuelvo a subir al coche y esta vez sí enciende.

—Meta reversa y acelere, ¡acelere! —me grita el hombre del traje.

—Pero viene un camión —le expreso angustiada.

El hombre se atraviesa a media calle y hace la seña al camión que se detenga. Aprovecho para salir del estacionamiento de la lavandería y acelero. No me vuelven a ver.

Regreso al departamento. Lavo los *Converse* de Arturo y con la aspiradora elimino hasta el último grano de arena. Me siento liberada, como si hubiera ganado una batalla. Apenas

es mediodía, pero se me antoja un *vodka tonic mandarin*, me lo preparo y me lo llevo al balcón, subo los pies en el barandal y enciendo un cigarro. "Debería cambiar de auto, la lancha me da muchos problemas últimamente". Me relajo y miro a mi alrededor. En el balcón de al lado hay un pequeño tendedero de esos plegables con ropa interior horrorosa. Mi vecina es estudiante, mucho más joven que yo, pero es un hecho que tener menos edad no es garantía de buen gusto. Los departamentos de este edificio no tienen patio, así que si no tienes secadora estás fregada.

La puerta del balcón se abre y aparece la chica.

—Hola ¿Qué haciendo? —me dice.

—Aquí nomás, sabadeando.

—Pero si es lunes —me contesta la insolente.

—Da igual, a veces trabajo el fin de semana.

—¡Ay, ustedes los artistas!

Pienso que también debería cambiar de vecindario, no estaría mal otro departamento, uno con patio, o un *penthouse* donde no tenga que encontrarme con los vecinos en el balcón. Quizás también debería cambiar de ciudad o hasta de país, incluso de pareja, alguien fuera del medio, "ustedes los artistas", cero arte, nada de exposiciones y conciertos, adiós a las funciones de cine al aire libre, a los círculos literarios. Alejarme totalmente del medio artístico y empezar una relación con alguien común y corriente como un cajero de supermercado, un fontanero o hasta un veterinario ¿Por qué no?, ¿Cómo sería mi vida con uno de esos sujetos? Bukowski decía que no había mejores hombres en este mundo que los fontaneros, ya que eran los únicos preocupados por hacer fluir la mierda de la humanidad, quizás tenía razón. Sin embargo, mi amiga Maribel estuvo saliendo un tiempo con un ingeniero en electrónica, me contó que al principio fue increíble: muestras de cariño en público, lindos detalles, romanticismo, invitaciones donde ella no tenía que pagar ni la propina, pero a los pocos meses se aburrió, el tipo estaba hueco, no había nada de qué hablar

con él, ni siquiera de series de televisión de canales básicos, mucho menos de *Los Soprano* o *Mad Men* y de sexo ni se diga, cero creatividad, nada atrevido, incluso conservador.

Voy por otro vodka a la cocina, de regreso al balcón le doy un trago largo, pensar me agota, así que esta vez cierro los ojos y trato de poner la mente en blanco. El ruido del tráfico no me lo permite, se escucha una ambulancia, un claxon, voces de niños que caminan por la calle que vienen de la escuela. El teléfono suena, contesto, es de la lavandería, el mismo tipo con el que hablé esta mañana. Me dice que efectivamente encontraron ropa interior en una de las lavadoras. Mientras se disculpa se abre la puerta del departamento, es Arturo, sonríe radiante, trae una pizza y un *six* de cervezas holandesas. Le doy las gracias al hombre, éste cuelga y todavía con el auricular en la mano observo cómo Arturo pone la mesa. Suspiro. Creo que me quedaré más tiempo contemplando este paisaje.

Datsun 76

No puedo ir a ningún lado. No sé cuanto tiempo tendré que esperar aquí sentada en la banqueta junto a mi *Datsun 76*. Casi nunca me da problemas. Justo ahora que llevaba a mi padre al hospital a su sesión de quimioterapia, decidió pararse, así nomás. Veníamos por la avenida principal y poco antes de llegar a la glorieta, decidí tomar un atajo y dar vuelta por una de las calles aledañas y así ahorrarme un semáforo, pero cuando entré en la calle, metros después se paró. Tuve que acompañar a mi padre a la avenida y subirlo en un taxi. Isabel, mi hermana menor, se va a molestar muchísimo cuando se entere que no lo acompañé. No me baja de "buena para nada". "Todo lo tengo que hacer yo", me dice. "Tu no tienes hijos, ni esposo, ni siquiera un trabajo normal. Podrías ayudar más", siempre está jodiéndome con eso. No veo la hora de tomar un avión y volar a Berlín.

Han pasado 15 minutos desde que el coche se detuvo, tendrán que pasar 20 más para que el mecánico llegue. Frente al auto hay un edificio de departamentos de lujo con balcones y amplias ventanas. En el cuarto piso, llama mi atención una mujer de cabello blanco, está sentada en una silla de ruedas y parece que me mira con cierta curiosidad. Es posible que en esta calle nunca ocurra nada y ahora que mi coche se detuvo, no puede dejar de verme. No me molesta y para demostrárselo levanto mi brazo derecho en señal de saludo, pero no hay respuesta, la mujer sigue inmóvil, a lo mejor es ciega y tiene la mirada perdi-

da, o le duelen tanto los huesos que le cuesta trabajo moverse, o simplemente no le interesa hacer contacto conmigo.

Suena el celular, es Isabel, trato de ignorarlo pero al quinto timbrazo contesto:

—¿Qué pasa?

—Eso es lo que me gustaría saber. ¿Qué diablos pasa contigo? El doctor Bernard acaba de llamarme y voy a tener que hacer circo, maroma y teatro para poder estar ahí en 20 minutos.

—Qué bien, me alegra. Suerte.

—¡Qué cinismo el tuyo! —lo dice haciendo uso de su tono más dramático.

—No es mi obligación ir a todas las sesiones de quimio.

—Pero si es lo único qué haces y es una sola vez al mes. Ni siquiera eso lo haces bien.

Miro hacia el balcón y me doy cuenta que la anciana ha desaparecido. La busco con la mirada a través del ventanal.

—Ajá —le digo distraída.

—¡¿Qué?! —me dice subiendo el tono.

—Sí, sí, soy un ser lleno de imperfecciones.

—Déjate de payasadas y alcánzame en el hospital. No me pienso quedar las cuatro horas de la sesión. Quedé de acompañar a Ramiro a su conferencia.

Iba a mandarla muy lejos, pero antes de poder decir algo, me colgó.

Esta es Isabel, la que da órdenes a todo el mundo: al marido, a las hijas, al perro, a la sirvienta, a mi madre, a mi padre, a los médicos de mi padre, a mí y a todo el que se cruza en su camino. A sus 33 años, sigue siendo un grano en el culo.

II

Una hora más tarde, sin auto y con menos dinero en la cartera, cruzo la puerta del hospital general donde atienden a mi padre desde hace siete meses. Los pasillos lucen más vacíos que de costumbre, eso me anima un poco y antes de llegar a la sala

de espera del área de oncología, me detengo en la máquina expendedora y compro un café. Camino lo más rápido que puedo y al cruzar la puerta de la sala derramo un poco de la bebida y me quemo la mano.

—¡Mierda! —exclamo de manera espontánea.

Isabel está sentada justo enfrente. Me mira con desaprobación. Luce más arreglada que de costumbre, lleva tacones altos, un vestido negro como de cóctel, el cabello recogido y aretes largos. Sus ojos parecen más grandes por el maquillaje, lleva los labios rojos y su *Christian Dior* invade toda la sala. Sobresale entre los otros familiares que vienen acompañando a sus pacientes vestidos de manera informal.

—Buenas tardes.

Todos responden a mi saludo, menos ella. Se levanta de la silla y se dirige a la salida echándome una mirada asesina.

—¿Y mi papá? —le pregunto.

—Hace media hora que se lo llevaron para prepararlo —me dice con tono frío y sin dejar de caminar por el pasillo que lleva a la calle.

Entro en la sala de espera y tomo el lugar que ella acaba de dejar libre. Todos los ahí presentes me miran con curiosidad. Algunos me resultan cara conocida, ya hemos coincidido en otras sesiones. Uno de ellos, un hombre como de 50 años no se aguanta y me pregunta:

—¿Es tu hermana?

—Sí —le digo de inmediato y hasta en cierta forma sorprendida. Ya que es la primera vez que alguien me dirige la palabra en esa sala. Generalmente nadie habla, la mayoría se pone a hojear las revistas científicas o los periódicos de un día anterior que tienen ahí. Una señora siempre lee la Biblia y un chico de rastas escucha música con los audífonos, algo que generalmente yo también hago.

—Es muy guapa —me dice el vejete acariciando su bigote.

—Sí, claro —le contesto al tiempo de que saco de mi mochila el *iPod* para desconectarme de su conversación.

Por supuesto, todos en la sala están al tanto de nuestro diálogo.

—¿Más chica o más grande? —seguía interesado en saber el "rabo verde".

—¿Cómo? —pregunté distraída.

—¿Mayor o menor que tú?

—Cinco años mayor, claro —comencé a mentir ya hartándome.

—Aún así, bellísima, bellísima.

(Me dieron ganas de jugar un poco).

—La verdad estaba mejor hace tres años —le digo.

—No lo dudo, pero ¡sigue guapísima!

—No, nada qué ver. Antes de la operación se veía genial.

—¿De la operación?

—Sí. El cambio de sexo le vino a estropear el carácter, las hormonas acabaron con su sentido del humor, con su cutis, su cabello y su hermosa voz.

Una chica que hojeaba una revista la dejó a un lado y comenzó a reír. El chico de las rastas me miró con complicidad. El resto se quedó a la expectativa. El hombre entre molesto y desconcertado se sintió tan incómodo que abandonó la sala sin decir nada más. Inmediatamente le di *play* a The National, cerré los ojos y me puse a volar.

III

Mi padre vivía solo desde nueve años atrás. Luego de divorciarse de mi madre intentó relacionarse con otras mujeres pero a los pocos meses de salir con ellas siempre fracasaba, quizás más por el miedo a un nuevo compromiso que por otra cosa. Por lo general eran mujeres mucho menores que él y con hijos pequeños que mantener. La mayoría eran madres solteras o divorciadas en busca de una estabilidad, que él no estaba dispuesto a dar.

Salimos del hospital y lo acompañé hasta su casa en un taxi. Me aseguré de que tuviera lo necesario a la mano: medicinas, agua y teléfono. El refrigerador lucía lleno: jamón, queso, leche, crema de champiñones, jitomate, cebolla, un par de cervezas y hasta un pollo congelado. Isabel se encargaba de que no le faltara nada y cada semana le llevaba bolsas enteras de comida; sin embargo en los próximos tres días luego de la quimioterapia, el refrigerador permanecía prácticamente cerrado, ya que mi padre por lo general perdía el apetito. Lo dejé en su cuarto con el televisor encendido y salí a la calle con ganas de un trago.

Era viernes y la noche apenas comenzaba.

A pesar de ser un barrio tranquilo, en las calles se sentía el movimiento que caracterizaba los fines de semana de esa ciudad. Entré en un bar cercano con la idea de un whisky en las rocas, no era la primera vez que visitaba ese lugar. Mike, el dueño del bar, conocía bien a mis padres desde los tiempos de universidad, ahora era un viejo en silla de ruedas al que rara vez se le veía en aquel sitio. Sus hijos Rita y Joaquín eran ahora los responsables, sin embargo, tampoco andaban muy seguido por ahí. Hace dos años sí que se les podía encontrar en aquel bar las 24 horas, pero en la actualidad ninguno de los dos vivía en la ciudad. De vez en cuando Rita se daba sus vueltas para asegurarse de que todo marchara bien. En aquel tiempo casi siempre estaba uno de ellos en la barra, me llevaba bien con los dos. Con Joaquín tuve sexo una noche y con Rita hice un viaje corto en carretera. La pasé muy bien en las dos ocasiones. La vez del sexo con Joaquín fue poco romántico pero al mismo tiempo reconfortante. Creo que esa noche no estaba para cortejos ni rodeos, lo único que quería era un poco de compañía, había perdido el empleo, me sentía cansada y solitaria. Fue muy fácil comunicarle mis intenciones a Joaquín, ni siquiera tuve que decir nada, fue como si me hubiera leído la mente. Me senté en la barra y pedí una cerveza, cuando la terminé y estaba a punto de pedir la segunda, se acercó y me preguntó si quería ir a su camioneta, sin pensármelo le contesté que sí. Joaquín dio instrucciones a

dos de las meseras y salimos del bar por la puerta trasera. Su camioneta era de un modelo reciente, los asientos eran de piel y tenían el olor de un auto nuevo, parecía muy limpia para ser de un chico de apenas 26, ni una colilla de cigarros en el cenicero ni una lata de cerveza ni un volante publicitario, nada que ver con mi *Datsun 76* y su decoración universitaria.

—Está recién lavada —me dijo al tiempo de que conectaba su *iPod.* ¿Quieres escuchar algo en especial?

—Lo que sea menos banda, salsa, cumbia, *reggaeton*, *heavy metal*, pop, ópera, ni música clásica.

Joaquín sonrió y comenzó a sonar *idioteque* de Radiohead. Inmediatamente sin más preámbulos nos besamos. Esa era la tercera vez que nos veíamos, la primera solo intercambiamos algunas frases con los papeles de barman—cliente y la segunda nos vimos en una exposición de pintura y hablamos durante diez minutos sobre la obra del artista.

Con Rita fue un poco distinto, nos conocíamos de vista por el bar y habíamos coincidido en algunos conciertos, sin embargo nuestra primera conversación fue la mañana en que me quedé sin gasolina. El carro se detuvo cinco cuadras antes de llegar a la estación. Caminé hasta ahí con un bote de plástico, ella estaba ahí con un par de chicos, el cofre de su auto estaba levantado y uno de los empleados de la gasolinera revisaba que todo estuviera en orden. Al parecer estaban por salir de viaje, pues en la parte de arriba del carro iban atadas a la parrilla algunas mochilas y un par de bicicletas. Cuando me disponía a regresar me saludó y se ofreció a llevarme hasta donde estaba el auto. Uno de los chicos que iba con ella me ayudó a verter la gasolina en mi *Datsun 76*.

—¿Qué vas hacer ahora? —me preguntó Rita.

—Ir a casa.

—¿Por qué no vienes con nosotros? hay lugar para uno más. La novia de Leo canceló. El viaje siempre estuvo pensado para cuatro.

Desde el auto el tal Leo me miraba con curiosidad. Me gustó la forma en que me veía.

—¿A dónde van?

—A la montaña.

—Bien, pero yo me voy en mi carro, por si me dan ganas de volver antes de que anochezca.

—No te ofendas, pero es un poco viejo y no creo que llegue ni a la mitad del camino, la carretera es peligrosa, tiene muchas curvas y está llena de baches, te propongo que abandones la idea y viajes en mi coche.

Estoy consciente que no fue precisamente mi simpatía lo que empujó a Rita a extenderme aquella invitación, está claro que a todos les convenía dividir los gastos entre cuatro, además era un viaje de parejas y el tal Leo había perdido a la suya, lo que quizás resultaba un poco incómodo para los tres. Sin embargo, me quedaba la duda si era algo más lo que motivó a Rita a invitarme. Es posible que la novia de Leo no le cayera bien y hubiera visto en mi la oportunidad perfecta para que ellos terminaran, luego de un romance de fin de semana. O quizás sabía de mi programa de radio de los sábados dedicado al *indie—rock* y le resultaba atractivo conocerme mejor. Probablemente imaginaba que entraba a todos los conciertos gratis y hasta suponía que le podía conseguir un boleto para el próximo concierto de Yo La Tengo. Sí, seguro que algo de eso fue, qué más.

IV

Me senté junto a Leo en la parte de atrás, Rita iba al volante y Genaro a su lado. El auto era un *Toyota* último modelo, con sistema de aire acondicionado y un equipo de sonido envidiable. Sonaba *Someday* de los Strokes cuando comenzó la primera ronda de cerveza. Para cuando llegamos a la primera caseta, mi vejiga estaba a reventar, en realidad la de los cuatro, todos bajamos al baño y nos fumamos un cigarro antes de volver a la carretera. Rita se compró un café y los demás compramos más

cerveza. Para cuando llegamos a nuestro destino ya estábamos un poco borrachos, quedaba muy poca luz y nadie estaba en condiciones de escalar una montaña, montamos las tiendas y encendimos una fogata, Rita preparó unos bocadillos y Genaro abrió una botella de tinto. Escuchamos gran parte del *iPod* de Rita y bebimos hasta el amanecer. Leo y yo dormimos abrazados pero no pasó nada, al menos esa noche. A la mañana siguiente nos sentíamos tan mal por la resaca que abandonamos la idea de subir a la montaña. Genaro propuso volver a la carretera y manejar hasta la playa más cercana que estaba a hora y media de ahí. Todos estuvimos de acuerdo.

Era temporada baja y en la playa apenas había gente. Antes de instalarnos, llegamos al supermercado más cercano y nos equipamos con una buena dotación de cerveza, cacahuates, cigarros, agua y unas cuantas aspirinas. Volvimos a montar las tiendas y de inmediato a todos nos pareció excelente idea estar ahí con los pies sobre la arena relajados, y no sobre la montaña, insolados, agotados, casi decepcionados.

Era increíble pero no habían pasado ni 24 horas de estar con ellos y ya sentía que los conocía de toda la vida. Nadamos y chapoteamos casi sin ropa por más de una hora, levantamos un gran castillo de arena que nos llevó toda la tarde. En el transcurso Leo y yo comenzamos a coquetear, todos bebimos, fumamos tabaco, marihuana y hasta un poquito de hierbas finas que llevaba Rita en un *tupperware*.

—¿Por qué me invitaste? —le pregunté a Rita a quemarropa.

—Porque me dio la gana y porque me gustan tus ojos —me dijo al mismo tiempo que me daba un beso en la frente. No dije nada. Todos rieron a carcajadas.

Por la noche fuimos al pueblo, encontramos un lugar donde bañarnos y luego cenamos en un pequeño restaurante; en la parte de atrás había una barra con un par de mesas de billar, al ritmo de música de los noventas el *barman* servía los tragos balanceándose y tarareando algunas de las canciones. El lugar tenía aspecto de tugurio. En medio de las dos mesas había una

lámpara con el foco rojo, la alfombra era verde y tenía varias quemaduras de cigarro. Alrededor había plantas artificiales llenas de polvo. El mismo cantinero era quien programaba la música desde una computadora. Se le veía bastante emocionado cada vez que iniciaba una canción. Cuando llegamos sonaba *Here in my car* de The Cars, comenzamos a jugar billar de parejas. Rita y Genaro ganaron cuatro de cinco rondas y decidieron regresar a las tiendas de acampar. Leo y yo nos quedamos ahí hasta que varias horas después el dueño muy amable nos pidió que nos fuéramos. Durante todo ese tiempo jugamos billar, bailamos despegados, bebimos cerveza y bailamos muy juntos, nos dimos un beso corto, y luego unos muy largos, nos recargamos en la mesa de billar y fajamos con insistencia hasta que tuve ahí mismo un orgasmo. El *barman* se deleitaba con *One* de U2, éramos los únicos clientes, pero aún así decidimos pasar al baño, un poco incómodo y sucio, pero no nos importó. Regresamos, fumamos, volvimos a bailar, chillé de felicidad, Leo tropezó y se golpeó la frente, la cerveza se derramó en una de las mesas de billar, luego vomité en la alfombra y entonces nos dieron los buenos días. Cuando salimos a la calle y el sol nos pegó en la cara, me sentí más viva que nunca.

V

Ese mismo día regresamos a la ciudad. Los siguientes dos meses, Leo y yo estuvimos juntos. Terminó con su anterior relación y se mudó a mi departamento.

Un día Isabel se apareció. Era la una de la tarde, nos acabábamos de levantar y no traíamos casi ropa. Leo le abrió la puerta. Fue a llevarme dinero para unos estudios de mi padre, yo la saludé desde la recámara y le di las gracias. Leo le regaló una larga sonrisa más pacheca que amable. Isabel se negó a pasar a la sala y a tomarse un café, se fue casi de inmediato, su rostro reflejaba una mezcla entre incomodidad y molestia, al parecer no le hizo nada de gracia ver a Leo en calzones y con su tatuaje

de un venado en el pecho. Iba echando chispas. Diez minutos más tarde me marcó al celular.

—¿Se puede saber quién es ese individuo?

—Mi chico.

—Parece un degenerado ¿de dónde diablos lo sacaste?

—¡Qué te importa!

—¿Qué de dónde lo…?

—De la playa, ahí me lo encontré.

—Eres una perdida, ¿ya sabe mi papá?

—Ja, ja, ja, sí ya. Se aman, se adoran.

—Eres una idiota.

—Y tú una estúpida. ¿A ver dime cuándo fue la última vez que tú y Ramiro…?

Como era de esperarse me colgó.

Al principio todo marchó de maravilla. Sin embargo, tres semanas más tarde de que Leo se hubiera mudado ya no me pareció tan divertido. Tan solo era cinco años menor que yo, pero eso no justificaba su desorden. Todo el día veía televisión casi desnudo y con los calcetines puestos, solo se vestía para salir por las noches. Le encantaba comer en la recámara, jamás lavaba un plato, había ropa tirada por todo el departamento, tomaba alguno de mis libros y nunca los regresaba a su lugar, olía a tabaco a todas horas, pero lo peor de todo es que no sabía conducir un auto. Era increíble pero era el quinto hombre que conocía en mi vida que no sabía hacerlo. Las razones eran distintas, pero las de Leo tenían que ver con el control de nervios. Al chico le daba pánico conducir y aunque tomó un curso en una escuela de manejo, jamás logró el objetivo. Era curioso cómo alguien que escalaba montañas, que se aventuraba a nadar en mar abierto y que le interesaba toda clase de deportes extremos, no fuera capaz de tomar el volante y meterse en una avenida llena de autos. Me convertí en su chofer, sobre todo por las noches y los fines de semana. Mi *Datsun 76* y yo lo llevamos a cuanto sitio se le ocurría o "necesitaba ir": al dentista, con el de los tatuajes, a comprar tabaco, con el de las tachas, a la piscina,

a la clase de batería, al asilo a visitar a su abuelo, al aeropuerto a recoger a un amigo, a la farmacia por condones, al puesto de revistas, a la tienda de discos. Hasta que un día lo llevé a casa de su madre con todo su equipaje.

VI

Hoy el bar luce más vacío que de costumbre. Es temprano, los viernes la gente llega más tarde. Me siento en la barra y pido un whisky en las rocas. Como era de esperarse ninguno de los hermanos está por ahí. Rita está embarazada, desde hace tiempo vive con un francés en un pueblo *hippie* con playa, tienen una casa rodante y todos los días practican yoga a la orilla del mar. Joaquín está en Alemania. Hace un año consiguió una beca en la Universidad de Berlín, estudia Antropología visual, si todo sale bien el próximo verano iré a visitarlo.

El actual *barman* es un joven colombiano muy simpático adicto al cine de autor. Durante cuatro whiskies y un par de cervezas hablamos sobre Jim Jarmusch y su visión respecto a la otra cara de Norteamérica, nos emocionamos con los hermanos Coen y sus múltiples antihéroes. La última hora discutimos sobre la trilogía de *El Padrino* y su influencia en *Los Soprano*. Se hace de madrugada, le anuncio mi partida. Se da cuenta de que no llevo mi *Datsun 76*.

—¿No has pensado en venderlo?

—Por nada.

—¿Ni siquiera por un boleto de avión a Berlín?

—Ni siquiera.

Me acompaña a la calle y me sube en un taxi. Platico con el chofer, nos caemos bien. Me siento borracha pero aún así le pido que pasemos por más whisky a un expendio. Me quedo dormida en el camino.

A la mañana siguiente no recuerdo cómo abrí la puerta de mi casa. Estoy todavía en la cama cuando escucho el desagüe del inodoro. Del cuarto de baño veo salir al taxista desnudo.

Casi me infarto. Muy amable le pido que se vaya. Me da las gracias por una noche maravillosa. Se va. Cambio las sábanas y me doy un baño de tina. Suena el teléfono, desde ahí alcanzo a escuchar la contestadora, es del taller mecánico, me informan que está listo el *Datsun*, me alegra la noticia pero no enloquezco de felicidad cuando me dicen lo que me va a costar. Me sumerjo en la tina, aguanto la respiración tan solo cuarenta segundos. Salgo a la superficie. Vuelve a sonar el teléfono. Es la voz de Isabel.

—¿Dónde diablos estás? ¡Si estás ahí contesta! —dice con tono autoritario.

—…Mi papá se puso mal. Hace una hora pasó una ambulancia por él. Ahora está en el hospital. Por fortuna estaba ahí Greta y pudo auxiliarlo. Lo encontró desmayado en el pasillo. Ya ni limpió la casa ni nada, marcó el teléfono de emergencias y se fue con él en la ambulancia, parece que fue la misma debilidad que le provoca la quimioterapia lo que hizo que le bajara la presión. Al parecer ya está estable, sin embargo, para tranquilidad de todos necesito que en este preciso momento te vayas para allá. Tengo invitados a comer y no me puedo mover de aquí, hay mil cosas por hacer entre recoger a los niños de la escuela, preparar los bocadillos, limpiar la casa, arreglar la mesa y organizar a los meseros, no me doy abasto, créeme si pudiera me partiría en dos, en tres, pero no puedo, te lo juro. Cuento contigo hermanita, un beso.

VII

Son las 12 del día. Desde la ventana los veo llegar, se estacionan en la acera de enfrente. Antes de timbrar le echan un vistazo al *Datsun*. Nos presentamos, ellos son dos, un hombre como de 55 y su hijo de 19. Les invito a pasar y les ofrezco agua, pero ninguno quiere. Vamos a nuestro asunto. Caminamos hacia la calle.

—¿Qué año es? —pregunta el hombre maduro.

—76. Un solo dueño.

Me miran sorprendidos.

—Pero seguro que usted todavía no nacía —me dice incrédulo el más joven.

—Era de mi padre y me lo heredó en un cumpleaños.

—Entonces han sido dos dueños —señala el chico.

—Bueno sí, dos.

—¿Por qué lo vende? —pregunta curioso el maduro.

—Necesito comenzar a dar patadas.

Los dos me miran atónitos en espera de una explicación.

—En África las jirafas matan a patadas a los leones.

—¿Y? —pregunta el menor.

—Es la única manera de sobrevivir —les digo con aire resuelto.

Ninguno vuelve a preguntar nada. El hombre maduro saca la chequera.

VIII

Prendo la televisión, están pasando la película *El Graduado* doblada al español, qué horror, qué crimen, qué mal gusto, pongo el control en *mute*. Me quito los zapatos y subo los pies a la mesita de centro. Me quedo viendo una fotografía de mi padre. En una mano tengo el teléfono y en la otra un cheque del Banco Nacional. Miro la cantidad con los números en negro. Apago el televisor y hago una llamada.

—Aeropuerto Internacional —se escucha del otro lado de la bocina.

En la calle hace un calor infernal. El asfalto de las banquetas quema la suela de los zapatos. A esta hora no pasa nadie por ahí, ni carros ni personas ni siquiera los perros, ¡así no se puede!

La pelea

Ha llovido todo el día. No tengo mucho qué hacer, ya revisé los exámenes de Teoría del cine y mi cita de acupuntura china se canceló por el mal tiempo. Tampoco puedo ir al club a nadar, las calles están inundadas. Desde el balcón puedo ver varios coches parados a mitad de la avenida. Hoy hubiera sido la tarde perfecta para ir al museo o al cine pero apenas se me acaba de ocurrir, y aunque la tormenta ya cedió y ahora solo se trata de una lluvia fina, el agua acumulada en las calles tardará en bajar por lo menos una hora más.

Me acerco un cenicero y enciendo un cigarrillo. Frente a mí, veo a un grupo de niñas en su clase de *ballet*. Por suerte no se escucha nada, la ventana está cerrada pero la cortina está corrida. Llevan cerca de seis meses ensayando *El Cascanueces*, estoy de Tchaikovsky hasta la coronilla. De repente me acuerdo de esa película de Almodóvar donde un enfermero espía a una muchacha en su clase de danza. ¿Qué se sentirá que a una la sigan por toda la ciudad?

De la tienda de discos que está debajo de la academia de baile empieza a sonar *Birds in your garden* de Pulp. Aplasto la colilla en el cenicero y voy a la cocina. Regreso con un whisky en las rocas, por suerte quedaba un poco. El sábado casi acabamos la botella. Si no hubiéramos llegado a los gritos y a los golpes, seguro que ahora no quedaría nada. Pero todo terminó mal y temprano: el perchero sin una pata, la cerveza derramada en

la alfombra, Bruno con la nariz rota, Marcela con los ojos hinchados de llorar, Faustino con taquicardias y yo encerrada en el baño hasta la mañana siguiente.

II

El agua ha disminuido casi por completo. De un *Mercedes Benz* rojo baja una mujer de unos treinta y tantos. Tiene el cabello castaño y largo hasta los codos. Está vestida de manera informal, pero aun así tiene la personalidad de una modelo de pasarela. Lleva una chaqueta de mezclilla, botas negras y pantalones cortos del mismo color. Sus piernas son largas y delgadas. Abre el cofre del vehículo y mira con atención, empieza a salir un poco de humo del motor. Ella da un paso atrás y con un brazo trata de apartar el humo de su cara. Vuelve a entrar en el auto e inmediatamente sale con un celular en la mano derecha. Sin despegar la mirada de la calle acerco la cajetilla de cigarros y enciendo uno más casi de manera automática.

Suena el claxon del auto que está atrás, la chica le hace una seña de que no se moverá pronto de ahí. El carro se echa en reversa y con dificultad sale por el carril derecho, luego de unos minutos la chica guarda su celular en la chaqueta y vuelve a entrar en su auto.

III

El teléfono suena, no contesto. Seguro es alguno de los tres. No estoy de humor. Ya pasaron cuatro días, pero todavía no estoy para ellos, quizás mañana o el siguiente sábado. Timbran a la puerta, desde el balcón alcanzo a ver la motocicleta del repartidor de pizzas, le abro, el chico está empapado. Por el impermeable que lleva puesto corren chorros de agua, sus mejillas están rojas, tiene pestañas largas y expresión asustadiza, pero más bien creo que tiene frío, le doy las gracias con una considerable propina. Caigo en cuenta de que no he comido nada en todo el día. Voy a la cocina y devoro la mitad de una pizza con champiñones y salami.

Vuelvo a salir al balcón. Ya no llueve nada. Las calles ya no lucen inundadas. La grúa se lleva el carro de la chica. A media calle ella habla por el celular, parece contenta, sonríe, se ríe a carcajadas. Se sube a un taxi y desaparece. Comienza a oscurecer, las bailarinas dan por terminada la clase y salen de la academia en pequeños grupos, algunas caminan hacia la parada de autobús, a otras las esperan sus padres en el auto. La ciudad se empieza a iluminar, el condominio de la esquina poco a poco enciende sus luces y por sus ventanas se ven sus habitantes, algunos se preparan para la cena, otros miran televisión, una niña brinca sobre la cama, un hombre mayor abre la ventana y prende una pipa. La calle parece más tranquila, la tienda de discos está cerrada y cada vez son menos los autos que pasan por aquí. A lo lejos se escucha el sonido de una alarma. Por alguna extraña razón me siento feliz.

Las amigas

Tengo 13 minutos parada en esta esquina y Karla no llega, quedamos de ir a ver una locación para la película de Román. Es temprano y hace frío, es octubre pero parece que ya llegó el invierno. Llevo botas, abrigo y dos cafés en vasos desechables. Quedé de esperarla aquí, porque es imposible estacionarse a ésta y a cualquier hora del día en el centro de la ciudad. Estoy afuera de la tienda *Calvin Klein* junto al aparador más grande, ya lo vi todo, he caminado de un extremo a otro y definitivamente lo que más me gusta, son las gafas de sol del segundo maniquí. Vuelvo a mirar hacia la avenida y trato de no pensar en nada, pero es inútil, siempre hay algo que me viene a la mente. Yo soy la primera asistente de dirección y Karla la segunda. Las dos fuimos novias de Román, primero yo y luego ella, pero eso no tiene nada que ver con nuestros roles en la película, además, lo de los noviazgos fue hace casi dos años, cuando estudiábamos cine en la universidad. Desde entonces vivimos en este país. Ya pasaron 20 minutos, tengo la nariz helada, no puedo tocarla, pero estoy segura de que está fría, friísima. "¡*Bitch*, zorrísima perra inmunda! ¡¿Por qué no apareces?!".

Román ahora tiene otra novia mucho más linda y mucho más tonta que nosotras, estudió cine pero no terminó. Es modelo y va actuar en la película, no es la actriz principal porque la historia es de extraterrestres, algo parecido a *El planeta de*

los simios, pero con marcianos. La protagonista es una mujer esquelética a la que nunca se le ve la cara por los efectos especiales. Así que la participación de Ruthy, la novia de Román, será mínima y casi hasta el final, poco antes de los créditos, cuando aparece como la azafata que sirve daiquiris en la nave espacial que rescata a los últimos humanos sobrevivientes de la despiadada batalla. He terminado mi café y todavía tengo frío. Soy una idiota por haber dejado el celular en la otra bolsa. Este sería el momento ideal para encender un cigarro y parecer menos desesperada. Aki Kaurismäki, el cineasta finlandés, dice que siempre pone a sus personajes con un cigarro en los labios para que parezca que traen algo en la cabeza; pero ya no fumo, lo dejé hace un año. No lo puedo evitar y le doy un sorbo al café que compré para Karla, increíble, pero todavía está caliente, estos vasos están hechos con alta calidad térmica.

II

Fue fácil enamorarse de Román. Recuerdo el día que lo conocí. En ese tiempo, por unas cuantas monedas yo paseaba perros. No ganaba mucho, solo algo para ayudarme con los gastos de libros y material de la universidad, pues como extranjera mi economía no era muy buena, apenas me alcanzaba para vivir con lo que obtenía de la beca y lo que me enviaban mis padres. En una ocasión un vecino me pidió que le cuidara a su perro un par de días mientras estaba de viaje. A su regreso me preguntó si estaba dispuesta a sacarlo a pasear toda la semana por una módica cantidad, acepté. Posteriormente me recomendó con algunos conocidos y a los diez días ya no era uno, sino seis perros a los que llevaba a pasear por el parque todas las tardes. Román supo primero de mi existencia que yo de la de él, cosa rara, pues en esa etapa de mi vida generalmente cuando alguien me interesaba era yo quien se percataba primero de la presencia del otro y semanas, meses o años después, la persona de mi interés reparaba en mí.

Era nuestro primer día en el curso de fotografía. Desde que me presenté al grupo, no dejó de mirarme, ya me había ocurrido algo parecido en otras materias, pero era por el acento, por no ser de ahí. Cuando eres extranjero y te paras por primera vez delante de un grupo de estudiantes, todos te miran como si fueras un bicho extraño, hasta el que nunca pone atención y pasa el tiempo escribiendo en la libreta, deja todo y voltea a verte, pero las que más te observan son las chicas, te revisan de arriba abajo hasta que dejas de hablar y vuelves a sentarte en tu lugar.

Al finalizar la clase, Román se me acercó:

—¿Te gustaría ser mi modelo?

Me quedé helada. Antes de poder contestarle, me tomó con delicadeza del brazo y salimos del salón.

—Te he visto paseando perros. Eres un excelente personaje de ciudad. Estoy seguro de que saldrán unas fotos buenísimas.

Claro, eso era, la tarea y no otra cosa. La semana siguiente teníamos que entregar una serie de fotos con algún sujeto notable que fuera parte del paisaje de esta ciudad. Le dije que sí y quedamos de vernos después.

Román no era precisamente un tipo guapo de esos que salen en las revistas anunciando la nueva fragancia de *Valentino* o la nueva colección de *Diesel* con rostro hermoso y un cuerpo espectacular, sin embargo tenía algo que volvía loca a cualquiera y eso se llamaba estilo, el tipo tenía estilo hasta para estornudar, cuando hablaba resultaba imposible no voltear a verlo y escucharlo, no sé si era el tono de voz grave o la forma pausada de hablar que atrapaba la atención hasta del más distraído. Era alto, delgado, de piel tostada, con melena larga y castaña, su cara era totalmente asimétrica, si se le veía con cuidado resultaba fácil darse cuenta que un ojo era más grande que el otro, que una de sus cejas estaba más arriba, que el tabique lo tenía desviado hacia la izquierda y que cada vez que sonreía su boca lucía chueca. Sin embargo, el tipo era encantador.

Me tomó las fotos y le dieron una buena nota por ello. Para agradecerme me invitó a cenar a un restaurante japonés, el

menú estuvo exquisito, pero hubiera dado todo por una pasta italiana y evitarme la molestia de lidiar con los palillos. Al terminar fuimos a un bar al sur de la ciudad. Era ese tipo de lugares donde te miran de arriba abajo y se piensan un momento si te dejan entrar o no. Al parecer Román era cliente frecuente y en cuanto llegamos el tipo de la puerta, un hombre robusto y de estatura cerca de los 2 metros, por poco y le hace una caravana antes de dejarnos pasar.

Debo decir que me sorprendió aquel sitio. Me esperaba el típico bar a donde acuden los universitarios, con un DJ concentrado en la programación de su música y varios grupos de estudiantes también ensimismados con sus respectivas pláticas, sin enterarse de lo que sale de las bocinas. Uno que otro bailando y el resto amontonados en la barra pidiendo a gritos un whisky en las rocas y cerveza. Pero no, nada de eso. A pesar de que era viernes y que ya pasaba de la medianoche, una vez que cruzamos la puerta reinó el silencio. En el umbral nos recibió una mujer madura con traje sastre y con poco maquillaje, "por aquí, por favor", nos dijo abriendo una cortina negra al tiempo de que nos mostraba el camino. Se trataba de un pasillo largo y angosto con alfombra azul y tapicería blanca, la luz era tenue y apenas iluminaba el camino. A final había una puerta blanca de madera; al otro lado de ésta, había un salón abarrotado de adultos contemporáneos que escuchaban sentados y sin hablar a un grupo de *jazz*. Cuando llegamos, el hombre del piano hacía un solo que duró casi diez minutos. El tipo era de tez negra y cabeza calva, medía como 1.90 y pesaba como 130 kilos. Con los ojos cerrados sus manos iban y venían por el teclado, sudaba chorros, parecía que iba a darle un infarto ahí esa noche, en ese piano y en ese lugar; por fin cuando terminó, todos se levantaron de sus asientos y le aplaudieron durante cinco minutos y medio. La banda anunció que haría un receso. Se empezó a escuchar música de Fleetwood Mac. Finalmente el mesero se acercó y nos dio una mesa cerca del escenario. Pedimos un par de vodkas y comenzamos a conocernos. Yo me moría por saber

todo de él, pero al parecer a él no le interesaba que yo lo supiera. A mí no me apetecía contar mucho sobre mí y a él tampoco le importaba mi vida. Nos limitamos a conversar sobre cine. Una vez que coincidimos en que *Los 400 Golpes*, era conmovedora; *Casa Blanca*, el gran drama romántico; *Chinatown*, estremecedora; *Naranja mecánica*, la mejor dirección de arte; *El último tango en París*, la más apasionada; *Taxi Driver*, la mejor construcción de personaje; *Pulp Fiction*, el padre de los guiones; *Perros de Reserva*, una maestría en diálogos; *El bebé de Rosemary*, espeluznante; *El Padrino*, el mejor asesinato; *Manhattan*, una obra de arte; y *The Big Lebowski*, la más *cool* y divertida; entonces comenzamos a salir.

III

Karla y yo nos conocíamos desde la infancia. Nuestras madres eran amigas, vivíamos en el mismo barrio, a unos metros de distancia. Pasábamos mucho tiempo juntas. Teníamos un parque muy cerca y ahí jugamos a todo lo imaginable: escondidas, encantados, quemados, policías y ladrones, guerritas de terrones, indios y vaqueros, y todos esos juegos que los niños de tres o más décadas atrás practicábamos en la calle. A falta de tecnología, donde el internet y los juegos electrónicos aún no formaban parte de nuestras vidas, la imaginación fluía. Teníamos un grupo de amigos: Pablo y Romeo, y sus respectivas hermanas Anne y María. Con ellos compartimos muchos veranos. Karla y yo éramos líderes, siempre decidíamos a qué jugar y cuándo terminar. A mí me gustaba Pablo y a Karla Romeo, sus hermanas eran unas ñoñas y siempre estaban ahí como un lastre. Sin embargo nos las ingeniábamos para alejarlas de nuestros juegos. Una vez las dejamos por varias horas arriba de un árbol.

—¿Cuánto tiempo tendremos que estar aquí? —preguntó María.

—Lo necesario, recuerden que tienen que vigilar que nadie se acerque a nuestro campamento —contesté.

—¿Y ustedes cuatro a dónde van a ir? —preguntó Anne.

—A conseguir víveres —dijo Pablo.

—Para eso les prestamos los binoculares, si creen que no son capaces de hacer este trabajo, podemos sustituirlas, pero tendrán que ir en bicicleta y cruzar la gran avenida —añadió Karla.

—Está bien, pero no se tarden, nos dan miedo las alturas —dijo María.

Esa tarde la pasamos bomba, en el barrio acababan de abrir una plaza comercial con un cine. Dejamos las bicicletas en casa de Karla y nos fuimos caminando. Entramos a ver *Indiana Jones. En busca del arca perdida*. Cuando llegamos la película ya había comenzado pero no nos importó porque además de que existía la permanencia voluntaria, lo que realmente queríamos hacer era tomarnos de la mano y darnos besitos. Para tener tan solo 11 años nos pusimos un poco cachondos, unos padres de familia que estaban sentados atrás de nosotros nos reportaron con el gerente del cine quien llegó con una linterna a sacarnos de la sala. Salimos muertos de la risa. A mí me consolaba que todo estaba oscuro y nadie había visto mi cara. En el centro comercial compramos helados y jugamos *Pac—Man* en una maquinita de monedas. Cuando regresamos al parque ya había oscurecido. María y Anne no estaban, lo que era muy raro ya que ninguna de las dos sabía bajar del árbol. Pablo y Romeo se voltearon a ver, palidecieron y salieron corriendo a sus casas sin despedirse. Estuvieron castigados dos semanas. Karla y yo pasamos el resto del verano en la playa con nuestras familias, allá conocimos a otros chicos y también la pasamos de maravilla. Además de amigas, Karla y yo éramos cómplices, en todo nos ayudábamos y mentíamos la una por la otra, aún cuando se tratara de meternos en problemas, nuestra amistad siempre estaba primero. Cuando éramos muy pequeñas y cursábamos el segundo grado de la primaria, Karla me cortó 20 cm. de cabello

jugando al salón de belleza y yo la protegí de los gritos de mi madre y de la suya, argumentando que yo misma se lo había pedido. Lo mismo ocurrió cuando yo le hice trizas uno de sus vestidos, justificamos el hecho diciendo que jugábamos a ser diseñadoras de moda.

Desde chicas nos gustaba el cine, íbamos a ver cuanta película podíamos, no nos importaba el género, así que veíamos todo lo clasificado como A y una que otra B cuando no nos pedían identificación. Incluso llegamos a ver la misma cinta varias veces, por ejemplo una llamada *Top Secret*, la vimos cinco domingos seguidos y otra llamada *Laberinto*, cuatro sábados continuos, nuestra parte favorita era donde salía un bebé gateando por unas escaleras al ritmo de una rola cantada por David Bowie, que era el villano de la historia. Como en aquellas salas también se podía fumar, en una ocasión entramos con una cajetilla de *Baronet* rojos, que eran los que en ese entonces fumaba mi madre y había olvidado guardar en su bolso. Encendimos diez cigarros mientras vimos *Rocky III*, salimos mareadísimas y al día siguiente no podíamos con el dolor de cabeza. Con la llegada de la Betacam y los videoclubs fue igual, pasábamos tardes enteras frente al televisor. Siempre nos sentimos muy atraídas por la ficción. Vivíamos y resolvíamos las cosas como si se tratara de un *film*, nos sentíamos protagonistas. Un verano hicimos nuestra propia película. El padre de Pablo y Anne había adquirido una cámara VHS; cuando Karla y yo nos enteramos, los convencimos para que se la pidieran prestada. No sé cuántas cosas se comprometieron a cumplir pero funcionó. Entre todos compramos la cinta y a la semana ya estábamos grabando. Karla y yo éramos las guionistas y las directoras, el fotógrafo era Pablo y los demás hacían de todo. La historia era de detectives y *aliens*. El detective estrella era Romeo y las criaturas alienígenas eran Anne y María, al principio no estuvieron muy de acuerdo con sus roles, ya que ambas hubieran preferido una historia de princesas donde pudieran lucir la belleza que creían tener. Anne era rubia de ojos verdes, nariz espectacular,

pero con sobrepeso, tenía unas nalgas enormes, lucía fatal en *jeans* y con todo lo que se pusiera; por su parte María era delgada y bajita pero con una cara de susto como si acabara de ver a un muerto, por si fuera poco tenía una cabellera rebelde que tendía a irse hacia el cielo, su madre le había cortado el pelo en varias ocasiones para ver si se componía, pero era inútil, los cabellos de María siempre estaban parados como si acabara de encontrarse dinero.

La película fue todo un éxito, la vimos en la cochera de mi casa y hasta cobramos la entrada a los vecinos. Duraba 50 minutos, cuando aparecieron los créditos solo quedábamos Pablo, Romeo, Karla y yo; Anne y María se fueron después de la primera escena, no soportaron las carcajadas del vecindario cada vez que alguna de ellas salía a cuadro. Por supuesto, nosotras nos quedamos con la cinta, de hecho a nadie le importó.

IV

Prácticamente me mudé al departamento de Román. Era casi un sueño, tenía todo para vivir como un rey: calefacción, tina en el baño, horno de microondas, lavadora, secadora, televisor con pantalla gigante, internet, una hermosa vista, grandes ventanas y un balcón en la recámara principal. El refrigerador siempre estaba lleno, nunca faltaban los quesos y vinos de importación. Una señora iba cada tres días a limpiar. El edificio era una maravilla, el elevador jamás se descomponía y hasta portero tenía. En cambio en el estudio donde yo vivía y que compartía con una chica peruana, con trabajos teníamos luz, gas y una pequeña televisión a la que había que patear cada vez que se iba la señal. Poco a poco me empecé a llevar mi ropa y mis objetos personales al departamento de Román: un lunes llevé la cámara de foto, otro día la de video y para el viernes hasta mi computadora ya estaba ahí.

Por las mañanas me gustaba levantarme temprano y preparar café, eso hacía feliz a Román, luego nos dábamos una ducha

y nos íbamos juntos a la universidad, por las tardes me iba a pasear perros y Román a sus clases de alemán. Por las noches, si no teníamos tarea pendiente nos gustaba ir al cine y luego a un bar a beber vodka. A veces cada quien trabajaba en sus proyectos con sus respectivos compañeros, pues no estábamos en las mismas clases. Con Karla me pasaba igual, solo estábamos juntas en la clase de Dirección. Ella y Román se conocían solo de vista, jamás habían coincidido en alguno de los cursos. Todo iba bien hasta el día en que los presenté: fue en la fiesta de cumpleaños de Karla.

La invitación llegó por *e—mail,* prometía ser el evento social del año. El lugar: una casota en los suburbios, al parecer ahí vivían los padres del tipo con el que Karla salía en ese momento.

Estacionamos el auto y caminamos a paso lento hacia la entrada, la música se escuchaba en todo el vecindario. Cuando entramos tocaban *Ready to Start* de Arcade Fire, lo que inmediatamente nos prendió.

Antes de saludar a todo el mundo fuimos directo a la cocina a prepararnos unos vodkas, en eso estábamos cuando Karla se nos acercó.

—Creo que ya no tengo que decirles que pueden tomar lo que quieran —dijo sonriendo.

Se veía mejor que nunca, su melena negra contrastaba con la blancura de su piel, llevaba los labios pintados y algo de maquillaje, con aquel vestido rojo y ese par de *Jimmy Choo*, parecía recién salida de una película de Almodóvar. Román se quedó atónito. Sospeché lo peor, pero aún así, los presenté.

—Así que tú eres el famoso Román —le dijo de lo más coqueta jugando con la aceituna de su martini.

—Salud —dijo Román estirando el brazo y con sonrisa de estúpido.

—Por un gran cumpleaños —exclamé chocando mi vaso con las bebidas de Karla y Román.

—Atiéndanse como reyes —dijo saliendo por el corredor que llevaba a la terraza.

Y eso hicimos. Nos fuimos hacia el área de la alberca, ahí la música sonaba mejor. The National entonaba *Bloodbuzz Ohio*. La gente se veía alegre, todos sonreían, brillaban, lucían más arreglados que nunca. Había algunos meseros con charolas que ofrecían bocadillos y vino blanco. Parecía fiesta de película de Hollywood, solo faltaba que alguien se cayera a la alberca, lo cual no sucedió. Hacía más frío que calor, no era ciudad para tener piscina, sin embargo, algunos ricos podían darse el lujo. Román se encontró a unos compañeros de la clase de alemán y se pusieron hablar por largo tiempo, a los diez minutos me separé del grupo, fui por otro vodka y me instalé en el salón principal de la casa, ahí la gente bailaba con The Chemical Brothers. Un pelirrojo intentó hacerme conversación sobre la protección de animales, le di el cortón de inmediato, una cosa era que paseara perros por dinero y otra muy distinta que me interesara participar en una huelga de hambre para defender sus derechos. Poco después se me acercó Billy de la clase de guión, comenzó a contarme sobre carreras de caballos y las jugosas apuestas que ahí circulaban, el tema me pareció mucho más interesante, así que me serví otro vodka y le escuché con atención, prometí acompañarlo alguna vez. Empezó a sonar *Last Nite* con The Strokes, enloquecí y me puse a dar de brincos en medio de la pista. Los gemelos Mika y Aki me hicieron segunda, con tanto salto vacié mi bebida en la playera de Mika, nos reímos hasta el cansancio, dejamos de bailar y salimos a la terraza, los chicos traían hierba, estuvimos más de una hora contemplando las estrellas. Me quedé dormida en una de esas sillas para tomar el sol, cuando reaccioné los gemelos ya se habían ido. Fui a la cocina por otro vodka, la botella estaba vacía, así que me conformé con una cerveza de lata, encendí un *Lucky Strike* y me puse a dar un rol por toda la casa, la mitad de la gente ya se había marchado, pero aún quedaban como sesenta personas. En el segundo piso había un karaoke, un par de chicas españolas cantaban en inglés *I Will Survive*, era lo más espantoso que había oído en años, lo juro; había diez tipos alrededor, uno de ellos bailaba y tarareaba, otro

con facha de travesti les tomaba fotos, el resto tenía un trago en la mano, uno de ellos comenzó a vomitar en una maceta, salí huyendo. En el otro cuarto había una mesa de billar y otra de *ping—pong*, en esta última jugaba una pareja con reta. Seguí mi camino, ni luces de Román.

Sospeché dónde se encontraba y aunque no tenía ánimos de discutir ni de hacer dramas, quise cerciorarme, así que subí al tercer piso. Había tres puertas, la primera que abrí pertenecía a un baño, aproveché para mojarme la cara y revisar el botiquín: aspirinas, pastillas para dormir, un tubito de gas lacrimógeno, una caja de antiácidos, *merthiolate*, y un frasco de *Valium*, me sequé la cara y salí dando tumbos, me di cuenta que ya no llevaba la lata de cerveza ni el cigarro ni nada, ni siquiera recordaba dónde había dejado el bolso y el abrigo. Abrí otra de las puertas, estaba muy oscuro, así que prendí la luz. Había un escritorio de madera muy largo, parecía un mueble antiguo, encima estaba una computadora. En la pared de junto reposaba un librero repleto de películas y revistas de cine, a un costado un sillón de piel de tamaño individual y frente a éste un televisor gigante con pantalla plana. Todo parecía muy ordenado y limpio. Apagué la luz, cerré y me dirigí a la tercera puerta, antes de dar vuelta a la perilla suspiré y me preparé para lo peor. Sabía que iba a llegar este día, desde el momento en que conocí a Karla lo supe. Al abrir, mi sorpresa fue mayor, al igual que la habitación anterior, había muy poca luz, busqué el interruptor a tientas pero no lo encontré, sin embargo se alcanzaba a ver algo, había un televisor encendido en un canal de dibujos animados, esa era la única luz en aquel cuarto, pude distinguir una cama *King Size* con grandes almohadones alrededor, en medio yacía un bulto que al principio no logré identificar hasta que me encontré con su mirada. Definitivamente no eran ni los ojos de Karla, ni los de Román; estos eran casi amarillos y pertenecían a un Gran Danés que en cuanto cruzamos la mirada, me ladró y se me echó encima. Cuando estaba sobre mis huesos reaccioné a la defensiva. Tomé el

primer objeto que alcancé, un cenicero y se lo estrellé en su dentadura, pero fue peor, encajó sus colmillos en una de mis botas *Chanel* de piel de ternera, lo cual me dolió muchísimo, le di de patadas con el otro pie, como pude me levanté y corrí hacia el baño, el perro me siguió dando de ladridos, abrí el botiquín y le rocié todo el gas que pude en los ojos, el Danés se puso como loco a dar vueltas en círculo, se arrastraba como bailarín de *breakdance* y no dejaba de ladrar, aproveché para huir, corrí por las escaleras con velocidad de olimpiada. Con la dignidad hecha polvo, el can se levantó y trató de seguirme. En el primer escalón tropezó y rodó hasta la planta baja, ahí se quedó quieto y empezó a chillar. Yo quería escabullirme, vi mi bolso y el abrigo en el perchero, los tomé y salí de la casa en dirección al estacionamiento. Corrí hacia el auto de Román. Cuando llegué el carro se movía de un lado a otro, comprobé lo que me temía. Justo en el momento del clímax, les toqué en el cristal trasero, Karla estaba arriba de Román con el vestido a medias y los ojos en blanco, la lengua de Román estaba muy ocupada jugando con los pezones de Karla. A pesar de que me vieron, no pudieron parar, parecía como si mi presencia los hubiera excitado aún más, cuando pasó el orgasmo salieron del carro con expresión de vergüenza, yo estaba más preocupada por el perro que por otra cosa, me daba pavor que algo le pasara y descubrieran que yo lo había agredido.

Karla fue la primera en salir, se acomodó el vestido, me miró a los ojos y dijo:

—Lo siento, nosotros no planeábamos…

No la dejé terminar. Miré a Román y le pedí un cigarro. Me lo dio sin siquiera mirarme a los ojos.

—Larguémonos ya —le dije dando la primera calada.

De repente dejó de escucharse la música proveniente de la casa, se oyeron gritos. Salieron dos chicas corriendo hacia nosotros, llevaban tacones altos, así que tardaron un poco en llegar.

—Algo le pasó al perro de Alex —dijo una de ellas acomodándose el cabello.

Alex era el chico de Karla y dos días antes de la fiesta había tenido que viajar a Chicago por un asunto de trabajo. Estudiaba Derecho y se le había presentado una oportunidad para hacer unas prácticas en un despacho de abogados de alto prestigio. Consintió que Karla no cancelara su fiesta de cumpleaños, a pesar de que ni él ni sus padres estarían presentes. El Gran Danés era todo para él, lo había criado desde que era un cachorro. Alex vivía con Karla desde meses atrás en un pequeño departamento en el centro. Por cuestiones de espacio el perro se quedó en casa de sus padres, pero Alex seguía haciéndose cargo de él, lo visitaba casi a diario y pagaba todos los gastos que éste originaba.

Cuando escuchó la noticia, Karla palideció y se puso a correr en dirección de la casa, sin siquiera despedirse.

Por la actitud de las chicas, supuse que nadie sospechaba de mí.

—¿Qué esperamos? —le dije a Román.

Entramos en el coche y nos dirigimos a la salida, cuando pasamos cerca de la puerta principal, alcanzamos a escuchar los gritos de Karla:

—¡¿Quién mierdas lo dejó salir?! ¡Se acabó la fiesta! ¡Largo de aquí!

Esa noche dormí como un bebé. A la mañana siguiente, me di una ducha y empaqué todas mis cosas y también algunas de Román: me llevé una colección de libros de cine de los años setentas, una playera de Radiohead de su última gira por América, una *polaroid* donde aparecemos sonriendo, una camiseta de dormir *Armani* que me encantaba ponerme cuando veíamos películas los fines de semana, una mesita para leer estilo *Bauhaus* y unas gafas de sol *Prada* que me sentaban muy bien. Antes de llamar al taxi—mudanza, me di a la tarea de borrar todas las canciones de su *iPod* y de desconectar el refrigerador. Me asomé por última vez a la recámara y le mandé un beso en el aire, dormía como cualquier borracho, con la ropa puesta, el sueño profundo y un ligero ronquido.

Dos semanas más tarde, Karla vivía con él. Luego del incidente con el perro y debido a una lista acumulada de diversas situaciones, Alex terminó la relación. 24 horas después, Karla se había mudado a casa de Román. Me lo dijo Billy el chico de la clase de guión, los vio en el cine un sábado en la tarde, se saludaron y le dieron la noticia. Me cayó como un balde de agua fría. Aunque siempre lo estuve esperando, no podía creer que mi mejor amiga me hiciera esto. Le vi hacer lo mismo con muchas otras relaciones, pero tenía la esperanza que conmigo hiciera una excepción. Mi siguiente reacción fue de enojo y odio hacia los dos. Necesitaba vengarme, sacarlo todo. Dicen que a una de las profesoras de arte le salió un tumor en la cabeza por estrés, siempre se aguantaba todo lo que le hacían hombres y mujeres, la operaron, pero no quedó del todo bien, ya no da clases en la universidad, ahora da semillas a las palomas del parque. No quería que me pasara lo mismo, así que me puse a idear un plan, no me costó nada de trabajo, a pesar de que Román se había portado de esa manera conmigo, en el fondo le seguía teniendo mucho cariño, lo peor de todo es que me seguía gustando.

Para la clase de fotografía nos pidieron un autorretrato, me acerqué a Román y le pedí ayuda con la dirección de arte, lo cité en mi departamento, transformamos el espacio, me acompañó toda la sesión con media botella de whisky, al final nos besamos varias veces en la boca. Se quedó toda la noche y parte de la siguiente mañana. Esa misma tarde vi a Karla en una de las cafeterías de la universidad, estaba que echaba chispas, se peleó con una de las meseras solo porque se le acabó el té negro. Le propuse a Román vernos tres veces por semana en mi departamento, a veces se quedaba a dormir, eso a Karla la mataba. Decidí que se enterara de nuestra relación cuatro meses después, durante la inauguración de un festival de video. Ella era la encargada de decir unas palabras al público, minutos antes Billy le fue con la noticia, estaba trabada de coraje y no pudo hablar en todo el evento, la sustituyó una chica rubia que detestaba, ni

siquiera pudo ver la proyección, le salía espuma por la boca, yo la estaba observando con binoculares desde un palco del teatro, parecía la niña de *El Exorcista*. Cuando llegó Román y se sentó a su lado lo cacheteó ahí mismo y lo escupió en la cara, todos los ahí presentes lo vimos, yo casi le aplaudo. Se levantó de su lugar y salió mentando madres. Esa misma noche sacó sus cosas del departamento de Román y le prendió fuego, pero como la alarma de incendios comenzó a sonar, los vecinos dieron aviso a los bomberos y no pasó a mayores. Karla no se quedó contenta y regresó en la madrugada, sabía que a la mañana siguiente lo primero que haría Román sería cambiar las cerraduras, así que de la manera más silenciosa volvió a entrar en el departamento, 20 minutos después, salió con una sonrisa de oreja a oreja. Román estaba dormido pero de repente un ruido lo despertó, se sentía muy cansado y no alcanzaba a distinguir de qué se trataba. Finalmente abrió los ojos y se incorporó. Se puso las pantuflas y caminó hacia la cocina. La lavadora estaba funcionando, tenía ropa hasta el tope, a un lado había dos botellas de cloro vacías sin tapa. Román dio tres golpes a la pared con el puño, enseguida se agarró la cabeza y se sentó en una de las sillas del comedor. La lavadora seguía haciendo chaca, chaca.

V

Al día siguiente Karla se encargó de mí. No la vi venir, me llegó por la espalda. Estaba en mi clase de baile contemporáneo, a pesar de los espejos que hay en el salón, en ese momento tenía los ojos cerrados, la profesora igual y el resto de las bailarinas también, estábamos practicando un ejercicio de relajación. Mejor momento para que me atacara no pudo ser otro, me jaló del cabello y me tumbó al piso, sin soltarme me arrastró por toda la sala de baile llamándome "puta", las bailarinas se quedaron paralizadas sin saber qué hacer, le agarré un tobillo y la tiré al piso, le escupí en los ojos y le rasguñé la cara, que era la zona que más cuidaba. Los maestros de la escuela de danza intenta-

ron separarnos a base de discursos, pero fue inútil, uno de ellos salió lastimado con una patada que le dio Karla. Fue hasta diez minutos después que a alguien se le ocurrió echarnos un balde de agua helada.

—¡Sí como hacen con los perros! —escuché decir, al tiempo de que vertían el agua sobre nuestros cuerpos, efectivamente esa fue la solución. Nos levantamos un tanto indignadas por el trato y nos fuimos.

Semanas más tarde nos reíamos de la situación. Ya nos habíamos reconciliado días atrás y decidimos celebrar con una cena en un restaurante italiano recién inaugurado en una zona exclusiva cerca del centro. Cuando íbamos por la segunda botella de *syrah* vimos llegar a Román acompañado de Ruthy, una chica hermosa y estúpida a la vez, estaba con nosotras en la clase de dirección y en un semestre nos había dado muchas muestras de su poca brillantez, sin embargo, no nos caía mal, incluso tanta simpleza junta nos había proporcionado momentos de gran alegría en situaciones de tensión. Cuando estábamos en una producción y pensábamos que las cosas no podían estar peor, siempre aparecía Ruthy con un comentario absurdo y fuera de lugar que por lo general nos hacía reír hasta las lágrimas. Cuando los vimos juntos no pudimos disimular la sorpresa y la gracia que nos hizo verlos tomados de la mano. Karla fue la primera en soltar la carcajada, me contagió y le hice segunda. Román nos vio y enrojeció. Ruthy nos miró y nos regaló una linda sonrisa desde el otro lado del salón. La alegría se prolongó, sentía que me iba ahogar. No conforme con eso, Ruthy se levantó de la silla y se acercó a nuestra mesa.

—Hola chicas, se ve que la están pasando bien.

—Muy bien —dijo Karla limpiando las lágrimas de su cara con una servilleta.

—Vengo con mi novio —añadió bajando la voz —es un poco tímido pero les va a caer muy bien. Está a punto de filmar una película.

—¿En serio? —dijo Karla acomodándose en la silla.

—¿Y cuándo arranca? —pregunté con cierta curiosidad.

—Ya casi, solo falta que empiece a escribir el guión.

—Ah, vaya —exclamó Karla a punto de estallar en risa.

—Le voy hablar de ustedes, son las mejores de la clase, sería increíble que pudieran ser parte del proyecto.

—Sería increíble. Salud Ruthy —dije levantando mi copa. —Creo que ya deberías irte. Tu novio se ve un poco desesperado —agregué mirando hacia su mesa. Román se había acomodado tres veces el cuello de la corbata y daba tragos largos a su vodka.

—Sí será mejor que me vaya. Me dio gusto verlas —exclamó la inocente Ruthy, cuando llegó a su mesa nos volvió a saludar desde ahí.

—Oh, para qué le dijiste que se fuera —reclamó Karla.

Minutos después pedimos la cuenta y abandonamos el lugar. Ya en la calle nos volvimos a reír hasta que pasó un taxi por un charco y nos mojó los zapatos.

VI

Cuando terminamos de estudiar Karla y yo volvimos a México. Le perdí la pista, al parecer había decidido tomarse un descanso y perderse por las playas nacionales. Yo no pude adaptarme, cinco meses después compré un boleto de avión de regreso, no aguanté vivir de nuevo con mis padres, el clima era otro problema, no soportaba el calor y en época de lluvias odiaba que se fuera la luz y todo se inundara. Encontrar trabajo era toda una odisea, el único empleo disponible era como profesora de Teoría cinematográfica en una universidad pública, el sueldo era miserable.

No lo pensé dos veces, en cuanto regresé, renté un piso con una española y me puse a buscar trabajo. Una tarde me encontré en el metro a Billy, trabajaba en una importante casa productora como guionista de una serie para la televisión. Durante un tiempo siguió apostando en las carreras de caballos y le fue

muy bien. Tuvo una buena racha y hasta se compró un departamento. El chico estaba haciendo algo con su vida. Me consiguió una entrevista con el jefe de edición y al mes comencé a trabajar en el área de posproducción.

Hace tres meses en la clausura de un festival de cine me encontré con Román y Ruthy, lucían contentos y amables. Román parecía no recordar nada de nuestro pasado y tuvimos una noche increíble. Entusiasmados me contaron sobre la posibilidad de filmar en poco tiempo la película de Román. Tan felices estaban que en ese momento me pidieron que fuera primera asistente de dirección. Pensé que había sido efecto de la borrachera y durante los días siguientes estuve esperando alguna llamada o mensaje de Román para cancelar, pero no fue así, en realidad me contrataron; tres días después me llamó el productor para que me presentara a firmar los papeles. Esa misma noche recibí una llamada de Karla, no sé cómo pero la chica estaba enterada de todo. Sabía que trabajaba en una casa productora con Billy y que acababa de firmar un contrato para trabajar en la película de Román. La mayor sorpresa fue unos días después cuando nos reunieron a todos para la primera junta de trabajo. Ahí estaba Karla con el vestido más corto y ajustado de todas las ahí presentes, hubo quien pensó que se trataba de una de las actrices, pero no, su rol en la película sería nada menos que la segunda asistente de dirección. No se qué tuvo qué hacer para conseguirlo, quizás la memoria de Román sigue averiada o sigue siendo el chico débil que no pudo resistirse a sus encantos y se olvidó de todos los tragos amargos de su relación con ella. Esa es Karla, como una sombra en mi vida, para bien o para mal siempre ha estado ahí como un lastre, a veces la odio y luego la extraño.

VII

Han transcurrido casi 45 minutos, sigo en la misma esquina y Karla no llega. El tráfico ha aumentado, ya abrieron la tienda *Calvin Klein* y más gente camina por la zona. Ya me terminé el segundo café y ahora tengo sed.

En la calle la gente viene y va, un *homeless* recoge una colilla del piso y la enciende, parece que no soy la única con ganas de fumar. Por última vez miro al maniquí con las gafas de sol, tiro los vasos del café en un bote y camino hacia la estación del metro más cercana.

Con whisky

Se esfumó en 1996 un lunes con sol intenso, hay quien dice que murió en un accidente automovilístico y que los rayos de aquel sol le impidieron ver el camión con el que se estrelló, lo cierto es que la última vez que la vi estábamos en un bar. No lo planeamos, fue coincidencia, Alison me presentó a Roberto su acompañante, un tipo alto rubio que no dejaba de verle el trasero a una de las meseras. Yo iba con Antonio mi esposo, era su cumpleaños y decidimos festejar ahí. Había un DJ de Berlín y el ambiente estaba muy prendido. Yo comencé con vodka, cuando la vi ya llevaba tres pero decidí cambiar a whisky para recordar viejos tiempos.

Mientras Antonio se emborrachaba con sus compañeros del instituto, Alison y yo bebimos, hablamos, cantamos, bailamos, contamos chistes, pedimos al DJ canciones de The Cure, recordamos anécdotas y hasta fuimos juntas a vomitar. Roberto no nos aguantó el paso y cerca de las 2 de la mañana, se despidió.

—Es solo un amigo —me dijo Alison tambaleándose, —llegado el momento tomaré un taxi, mañana volveré por el carro.

II

Nos conocimos una década atrás en la escuela de idiomas, ella estudiaba japonés y yo alemán, tenía el sueño de vivir en Tokio y de estudiar una especialidad en Ingeniería o en

Ciencias tecnológicas. Le encantaban las computadoras, se hubiera vuelto loca con la llegada del internet y los celulares, le gustaban las películas de ciencia ficción y siempre estaba imaginando cómo sería la vida en Marte. Aunque en la escuela pertenecíamos a grupos diferentes, coincidíamos casi siempre en el mismo autobús, nos saludábamos y medio platicábamos hasta el día que nos accidentamos. El autobús se quedó sin frenos y chocamos contra un poste de luz, hubo un muerto y varios heridos, entre éstos nosotras; llegaron las ambulancias y nos llevaron al centro de salud más cercano, nos tuvieron en observación y ahí pasamos la noche en camillas contiguas. A pesar de que estábamos sedadas recuerdo que hablamos todo el tiempo. Dos semanas después fuimos a un bar a celebrar que seguíamos vivas. Así comenzó nuestra amistad. Todos los fines de semana salíamos, fuimos varias veces a la playa en grupo y hasta realizamos un viaje de mochila por Sudamérica. Alison nunca se fue a Tokio, pero yo me fui a Berlín, nos despedimos en una fiesta de jardín con los efectos de una tacha y una buena dosis de cerveza de barril, estábamos descalzas y con la ropa mojada, no éramos las únicas, Rufino y Alfredo los chicos con los que salíamos en esa época también lo estaban, esa noche llovía, había una alberca, quizás nadamos un poco.

Dos años más tarde regresé, durante ese lapso no supe nada de ella, le mandé una postal y fue todo. En alguna ocasión le llamé por teléfono pero no la encontré y nunca me devolvió la llamada. Fue hasta esa noche en ese bar que la volví a ver. Nos pusimos al día, seguía soltera, nunca aprendió bien japonés, ahora estudiaba francés, trabajaba en el departamento de cómputo de una compañía automotriz. En esencia era la misma, sin creencias religiosas, apolítica, paciente, con sentido del humor, excelente bailarina de mallas y leotardo, con cabello rizado hasta los hombros muy al estilo *Flashdance*. Luego de pagar la cuenta, Antonio y yo la llevamos a su casa. Vivía a las afueras de la ciudad con Poe y Plath, una pareja de labradores color miel y negro respectivamente. La casa era de tres plantas, tenía cochera para cinco autos, una alberca en la terraza, cancha de tenis y un jardín con algunos árboles rodeaba toda la propiedad. Como pudo y a punto de tropezarse más de una vez, Alison desactivó las dos alarmas de la mansión. Por dentro, la residencia era aún más amplia, tenía grandes ventanales que daban al jardín de atrás y de adelante. Los muebles eran modernos, de buen gusto y parecían nuevos. Fuimos hasta la cocina, Antonio y Alison se sentaron junto a la barra desayunadora, me puse a preparar café. Abrí puertas, puertitas, cajones. Además de nuevo, todo estaba impecable, daba la impresión de que era la primera vez que se usaba esa cocina. Serví el café en tazas de porcelana. Después del primer trago todos lucíamos más serenos y despiertos, sobre todo Alison, quien media hora antes prácticamente se arrastraba por los pasillos del bar. Me le quedé viendo.

—¿De quién es esta casa Alison?

Antonio me miró sorprendido.

—Es de un amigo —dijo sin verme a los ojos.

—Vaya, parece que se ganó la lotería —dije con cierto sarcasmo.

—Algo así…

—¿Dónde está él ahora, en las Islas Canarias o en su casa de Mónaco? Ah, no me digas que se trata de Roberto…

—Claro que no —se quedó callada con la mirada fija en la taza de café.

La dejé en paz y no volví a preguntarle nada, nos despedimos y en la puerta le di un abrazo.

—Cuídate mucho. La pasé increíble.

Sonrió sin verme a la cara.

Subimos al auto y Antonio aún me observaba un poco incrédulo.

—¿Qué? ¡No me digas que no te pareció extraño! —le cuestioné al tiempo de que encendía el carro.

—Para mí lo único raro es que una ingeniera tenga perros con nombres de escritores.

—También es bailarina —dije, antes de comenzar a cabecear.

III

Dos semanas más tarde la busqué. Marqué el número telefónico que me dio pero nadie contestó, al parecer se trataba de un fax. Poco después volví a pensar en ella, en la casa maravillosa rodeada de jardín con alberca en la terraza y tazas de porcelana. Tomé las llaves del auto y fui a buscarla. Era una tarde de otoño con hojas amarillas puestas como alfombra en la carretera. Abrí las ventanas delanteras, el aire estaba fresco y me revoloteó el cabello. Me acerqué al fraccionamiento donde vivía. A pesar de que aquella vez era de madrugada y había poca luz, recordaba muy bien la ubicación. Pasé por un empedrado, un riachuelo y un camino con mucha vegetación, finalmente llegué al barrio residencial.

De noche todas las casas se parecían, pero por lo que podía ver también de día. La del amigo de Alison se localizaba del lado derecho y era la penúltima de la calle antes de llegar a una cerrada. Me acerqué hasta ahí, pero no estaba la residencia. Al menos no esa, era otra, también de tres pisos pero con fachada y color distinto, sin grandes ventanales y muy poco jardín. Pensé que me encontraba en la calle incorrecta, subí de nuevo al auto y regresé a la entrada del fraccionamiento, recorrí toda la zona y volví al mismo lugar, no había duda, esa era la dirección, la casa de al lado era la misma. Pensé en la posibilidad de que la hubieran remodelado pero me pareció algo descabellado, me resultaba imposible que hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo.

En la calle no había nadie, todo era silencio y tranquilidad, ni un solo vecino a quién preguntarle. Cuando estaba por encender el auto para partir, cambié de opinión, me acerqué a la vivienda y toqué el timbre, se escucharon unos perros ladrar, pensé en Poe y en Plath. En ese instante me convencí de que había olvidado por completo cómo era la casa y que por esa puerta

aparecería Alison en cualquier momento, pero no fue así, en su lugar salieron un par de niños corriendo con una pelota, atrás de ellos estaba una señora de mediana edad con un manojo de llaves, quizás esperaba a alguien y pensaba abrir el portón principal. Cuando me vio, se detuvo en seco.

¿Qué se le ofrece? —me dijo con cierto tono de desconfianza.

—Disculpe, creo que estoy perdida, busco la casa de una amiga, se llama Alison, ¿la conoce?…

—Lo siento, no conozco a mis vecinos, tenemos apenas unos meses de vivir aquí. Por qué no pregunta en la caseta de la entrada.

—¿En la caseta? —pregunté sorprendida. No recordaba haber visto una.

La mujer me miró de arriba abajo. Los perros volvieron a ladrar, miré hacia arriba y los vi en uno de los balcones. Eran ellos, Poe y Plath. Me sentí desconcertada.

—Suerte —me dijo antes de que pudiera salir de mi asombro. Caminó hacia la puerta, los niños entraron a la residencia y ella detrás.

Ya había oscurecido, la calle estaba iluminada por la luz tenue de algunos faroles. Salí hasta la entrada del fraccionamiento, efectivamente había una caseta un poco escondida entre dos arbustos, pero no había nadie, ni siquiera estaba la luz encendida. Regresé a casa un poco confundida. Una persona no podía desaparecer así nomás, mucho menos una casa.

IV

No volví a saber de Alison por un buen tiempo hasta que en un paseo dominical por la playa, me encontré con Rufino, uno de los chicos con los que salíamos en aquel entonces. Me informó que Alison había muerto aparentemente en un accidente automovilístico tres meses atrás. Rufino se enteró de la noticia por casualidad en una conversación. Trató de localizar

a su familia, pero no tuvo suerte, al parecer los parientes ya no vivían en esta ciudad desde hacía mucho tiempo. Saqué cuentas y todo indicaba que Alison se esfumó poco después de la noche que nos vimos.

Han pasado casi diez años. Estoy en otra ciudad, en otro bar, y con la misma pareja. Desde mi celular mando mensajes a mi madre, a mi ginecóloga y a la revista donde escribo. De repente, por las bocinas se escucha a The Cure con *A letter to Elise*. Antonio pide al mesero dos cervezas belgas. A la barra ha llegado una chica con el cabello rizado hasta los hombros, nos mira con simpatía. Cambio de opinión y pido un whisky.

Automático

Hay una mancha en el asiento del conductor, al parecer es sangre que salió de la nariz de alguien, el estéreo no funciona, huele a humedad, abrimos las ventanas, destapamos la cerveza de lata y encendemos un *Camel*. Ellos hablan de Bowie, mientras yo pienso en The Smiths. Una mujer cincuentona se acerca, trae un trapo en la mano y un mandil amarrado a la cintura, se trata de la madre de Armando, le salen chispas, nos exige a gritos que bajemos de su auto lleno de telarañas y sin llantas. Ya huele a sopa de letras.

Con playera de Sonic Youth
de
LORENA ORTIZ

Se terminó de imprimir en enero de 2014
en Grafisma editores S.A. de C.V.
Jaime Nunó 670 / Colonia Santa Teresita, Guadalajara, Jalisco.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de los editores y el autor.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares y en su diseño,
se empleó la familia tipográfica Palatino.